



ELECCIÓN DE CARRERA

San Alberto Hurtado

Ale  andriæ
.org

Biblioteca de formación para católicos

ÍNDICE GENERAL

1 . ELIGE BIEN

2. ¡SEÑOR! ¿QUE QUIERES QUE HAGA?

3. ¿CÓMO CONOCER MI CAMINO?

4. LA PRIMERA NORMA DE ELECCIÓN

5. ¿QUE ES LO MEJOR PARA MÍ?

6. ¿A QUE TE INCLINAS?

7. SI AUN NO VES CLARO, ¡REFLEXIONA!

8. ¿SABES LO QUE ES EL SACERDOCIO? CRISTO EL PRIMER SACERDOTE - SACERDOTES, CONTINUADORES DEL SACERDOCIO DE CRISTO - LLAMADO Y UNGIDO - CANALES DE GRACIA

9. ¡CONSAGRA!! - PERDONA...

10. LO MEJOR DE LA TIERRA - SU LABOR HUMANA

11. APÓSTOL- LA MIES DE ALMAS

12. AMARILLEAN LOS CAMPOS DE AMÉRICA

13. EN QUÉ CONSISTE LA VOCACIÓN AL SACERDOCIO - ¿CÓMO SE INSINÚA EL LLAMAMIENTO DIVINO?

14. RESOLUCIÓN Y GENEROSIDAD - TUS TEMORES

15. LAS ULTIMAS LUCHAS - LOS ENTROMETIDOS - LOS CONOCIDOS ARGUMENTOS - TAL VEZ NO PERSEVERES - PUEDES PERDER LA SALUD... - DESGARRARAS EL CORAZÓN DE TUS PADRES - DARÁS MAS FRUTO EN EL MUNDO - ¡LO QUE HACE FALTA ES GENTE BUENA AFUERA!

16. ¡ESPERA! ¡ESPERA! ¡ESPERA! - EL APOYO PATERNO

ELECCIÓN DE CARRERA

1. ELIGE BIEN

La elección de carrera es el más importante problema que tiene que abordar un joven. Con razón se afirma que todo el porvenir de un hombre depende de dos o tres sí, dos o tres no que da un joven entre los quince y los veinte años.

La mayor parte de los jóvenes, por desgracia, no enfocan seriamente este problema, o al menos no lo toman desde el punto de vista cristiano. Muchos se deciden a ser ingenieros, o médicos, porque les gusta más, o porque estas carreras dan más dinero. Escogen leyes o comercio porque son más fáciles y les dejan más tiempo. Siguen las carreras industriales porque se ven menos concurridas todavía y tienen más porvenir económico. Del mismo modo, después, se casarán porque sí, porque les gusta, porque tienen gana. El gusto, la gana, el porvenir económico, son de ordinario los factores decisivos. Pero, ¿hay acaso otros elementos que tomar en consideración?, se preguntarán sorprendidos quienes hayan tomado este libro entre sus manos. Sí. Hay otro punto de vista que es el fundamental para un cristiano: la voluntad de Dios sobre mí.

Los padres de familia y los amigos rara vez ofrecen una verdadera ayuda, pues ellos tampoco eligieron de otra manera. Sus consejos insistirán de ordinario en los mismos aspectos en que se habían fijado ya los jóvenes: interés económico, porvenir, brillo, posibilidades en la vida social de su ambiente. Y así se va formando un criterio que prescinde con toda naturalidad de Dios; más aún, que se extrañaría profundamente que una consideración sobrenatural pretendiera intervenir en un asunto aparentemente tan humano.

Y, sin embargo, de una buena elección de carrera, hecha con criterio sobrenatural, dependerá en gran parte la felicidad o desgracia de la vida. La paz de la conciencia, la alegría de corazón; o bien turbaciones, tristezas, desfallecimientos, serán el premio o el castigo de una elección bien o mal hecha.

Muchos son los que se lamentan amargamente por estar donde no deben. Malhumorados, neurasténicos o neuróticos, reniegan de su ligereza imperdonable. Quisieran volver atrás... pero muchas veces es tarde y no pueden recomenzar el camino.

La eternidad misma está comprometida en este problema de una buena elección de vida. La eternidad depende de la muerte... la muerte de la vida... la vida misma depende, en cuanta parte de la carrera. Se sigue, pues, de cuán capital importancia sea considerar maduramente delante de Dios el estado que deba seguir.

Juan Enrique Newman, puesto en una de las encrucijadas más trascendentes de su vida, escribió este hermoso pensamiento: «Guíame, luz bondadosa. No te pido que me ilumines toda la senda, pero ilumíname paso a paso. Tú sabes, Señor, que nunca he pecado contra

la luz». Pecar contra la luz es negarse a seguir el destello de su propia conciencia que muestra a cada cual su camino en la vida.

Joven que estás abocado al problema de elegir: no peques contra la luz. Pídele a Dios esa luz, deséala; y alcanzada sigue tras ella, como los Magos siguieron la estrella que los llevó hasta Jesús en el portal de Belén.

ELECCIÓN DE CARRERA

2. ¡ SEÑOR! ¿QUE QUIERES QUE HAGA?

Esta pregunta, que hizo Saulo a Cristo, tan pronto reconoce que no es el falsario a quien él perseguía, sino su Señor y su Dios es el interrogante que habría de estar también en la mente de quien pretende resolver como cristiano el camino de su vida.

¡Señor!, ¿qué quieres que haga?

La luz divina nos es necesaria para conocer nuestro camino, ya que ese camino nos ha sido señalado por el mismo Dios. El ha dado un fin y una misión bien precisa a todos los seres que ha creado. Los astros inmensos que cruzan el firmamento, no menos que los animales que pueblan las selvas y hasta el microbio invisible a los ojos humanos, tienen una misión que cumplir. El pájaro no ha sido hecho para sumergirse en el mar, como el pez no está llamado a vivir fuera del agua. Más aún, cada astro en particular, cada animal, cada insecto, cada planta, tiene su propia finalidad.

¿Escapará únicamente el hombre a esta ley general del universo? ¿Será el rey de la creación el único que no tenga una misión propia que realizar? Tal hipótesis es absurda. ¿Cómo va Dios a desinteresarse del hombre a quien, además de criatura, llama su hijo? «Hijitos míos», dijo Cristo a los suyos, en la última Cena, y para alentarnos a tomar en serio este título nos enseñó a dirigirnos a Dios con el hermoso título de «Padre nuestro». Toda la revelación cristiana está llena de esta hermosa idea: somos hijos de Dios por la gracia, hijos muy amados, de cuya suerte se preocupa en forma especialísima.

Una muestra de este interés particular de Dios por el hombre, es que no se contenta con señalarle un camino general en la vida, sino que invita a cada hombre en particular a realizar una misión propia. Para que cada uno de nosotros pueda cumplir este cometido, nos dota de las cualidades necesarias, nos pone en un ambiente apropiado y nos hace conocer en forma clara —Si queremos oír su voz— la confirmación precisa de su voluntad sobre nosotros.

San Alfonso de Liguorio, el moralista más universalmente reputado, haciéndose eco de la tradición cristiana, tiene por cierto que, fuera del llamamiento general de Dios, que invita a todos los hombres a la salvación eterna, tiene también un llamamiento especial, en virtud del cual el Señor muestra a cada alma el camino especial que debe seguir para alcanzar el fin propuesto.

Una de las grandes conquistas de la vida cristiana consiste en comprender que Cristo se fija en cada uno de nosotros en particular, para hacernos conocer su voluntad precisa. Se detiene frente a mí frente a mí solo, y pone sus manos divinas sobre mi cabeza. Mientras nos consideramos como perdidos en una muchedumbre de fieles anónimos, mientras nos imaginamos que las palabras e invitaciones de Cristo van dirigidas a una masa de fieles, mientras mis relaciones con Cristo quedan como algo colectivo y vago, no he comprendido la paternidad divina, ni mi papel de hijo de Dios.

El gran momento de la gracia llega cuando me doy cuenta que los ojos de Cristo se fijan en mí que su mano me llama a mí en particular, que yo, yo soy el motivo de su venida a la tierra y el término de sus deseos bien precisos. Él me ha reconocido de entre la muchedumbre. No soy uno entre miles. No existe esa multitud. Hay Dios y yo, y nada más, ya que todo lo demás, mis prójimos inclusive, os he de ver en Dios.

Conocer, pues, este llamamiento especial que Dios me dirige a mí en particular, ha de ser mi gran preocupación de toda la vida, sobre todo en aquellos momentos más decisivos, como es el de la elección de carrera. La vida de un cristiano es un gran viaje que termina en el cielo. Nuestra más ardiente aspiración debe ser realizar ese itinerario, y no exponernos por nada del mundo a perder la estación de término que nos ha de llevar a la vista y al amor de Dios nuestro Padre. La estación de término es la misma para cada cristiano, pero el camino para llegar allá es diferente según los designios divinos.

La Providencia del Padre ha ordenado el mundo en forma que todas las funciones esenciales a la vida natural y sobrenatural se realicen ordenadamente. Quiere El que algunos lo honren y sirvan labrando los campos y sacando de ellos el alimento para sus hijos. Quiere que otros defiendan los intereses de la justicia y del derecho. Como habrá enfermedades y dolores desde el pecado original llama a algunos a realizar esa inmensa función benéfica de curar los cuerpos de sus hermanos. Para hermoear esta vida pone en ciertos hombres inmensos talentos artísticos y un llamamiento especial a consagrar su vida a captar y traducir la armonía y el arte para que, contemplando estas bellezas, se eleven los hombres hasta el Creador. Es necesario multiplicar la vida humana e incita fuertemente a muchísimos hombres y a muchísimas mujeres a unirse en un abrazo de amor para prolongar en el mundo el canto de amor de la creación, engendrando hijos que conozcan y amen a Dios. La más sublime realidad que hay en este mundo es la gracia santificante, que es participación de la vida divina y se nos comunica mediante los sacramentos: en todos los tiempos y países llama Dios almas escogidas a consagrar su vida para distribuir esta gracia de engendrar, alimentar y resucitar hijos en el sentido sobrenatural de la palabra, mediante el bautismo, la eucaristía, la penitencia, y son los llamados al sacerdocio.

Auténticos llamamientos divinos hay para la defensa de la Patria, como llamó a Juana de Arce y sigue llamando a tantos que se consagran a la milicia por un fin sobrenatural, habiendo algunos llegado por ese camino a la santidad. A otros en cambio los llama a la vida de la contemplación mística, como aún en el siglo del avión y de la radio sigue llamando almas escogidísimas para dedicarse a una vida de unión constante con El en la oración y estudio de la divina Palabra. A algunos de estos hombres los invita a ir a la soledad total y aún no hay vocaciones no escasas a la Cartuja y a la Trapa de jóvenes

cultos, inteligentes que tienen como suprema aspiración hundirse en el conocimiento y amor de Dios: su labor no es perdida para sus semejantes, pues les ayudan con su oración y con la lección vivida del valor de lo sobrenatural, por lo cual ellos sacrifican todos los bienes sensibles.

Llamamientos divinos siguen produciéndose para una vida consagrada entera al estudio y penetración de la verdad; a su difusión por la prensa; a su defensa en el terreno de la política; otros son llamados y equiparados para una vida de acción intensa, con grandes capacidades de organización. Unos experimentan una atracción superior por la defensa del pobre, por la niñez desvalida, mientras otros reconocen un llamamiento para trabajar con los intelectuales, con los hombres de influencia. Frente a las vocaciones al matrimonio hay auténticas vocaciones al celibato en la vida religiosa, en el sacerdocio y aun en el mundo.

El dogma consolador de la divina Providencia nos asegura que Dios dispone todas las cosas suave y fuertemente para su fin. Él tiene sus caminos, y sobre cada uno de nosotros tiene su plan. Nuestra gran preocupación debería ser conocer ese plan de Dios, no sólo sobre el mundo, sino sobre mí concretamente.

Dios me ha dado una vocación para algo, ¿para qué?

Nuestra vida, decíamos, es un viaje al cielo, ¿cuál es el camino que Dios quiere que tome yo para llegar allí? Si en una estación hay multitud de trenes listos para ponerse en movimiento, ¿cuál quiere Dios que sea mi tren? ¿cual me lleva más rápido, más seguramente a una posesión más total del fin de mi vida?

Loco llamaríamos a quien llegando a la estación Central no se preocupara de averiguar cuál es el tren que lo lleva a su destino, sino que tomara atolondradamente el primero que encontrara, y mucho más aún si se empeñara en tomar uno que va en dirección diferente a la de su estación de término, sólo porque el tren es más moderno, el carro más cómodo, la compañía más agradable... Ya podemos imaginar el desenlace del infortunado pasajero: tendría que bajarse en la mitad del camino, desandar el camino recorrido, perder el tiempo, el humor y el dinero... Mientras tanto sus compañeros que han hecho el viaje en el tren que les correspondía, aunque no tan cómodo y hermoso como el suyo van llegando felices a la estación de término, previendo un bien merecido descanso que les compensa de antemano las incomodidades del camino. En el viaje de la vida muchos van en un tren que no es el propio: es el tren de los descontentos; todos protestan, todos se quejan de todo: los esposos de sus esposas, los padres de los hijos, los hijos de los padres, los profesionales de sus clientes, los ciudadanos de su gobierno... Muchos se quejan, iporque entraron no en el tren que debían, sino en el que les dio la gana! Y no hay peor consejero que la gana para elegir camino en la vida.

Cuántas veces hemos presenciado el caso de hombres maduros que con lágrimas en los ojos confiesan su fracaso en la vida: tuvieron miedo a mirar de frente su camino... siguieron la política del avestruz de enterrar su cabeza en la arena para creerse libres de lo que no querían ver; pero llega fatalmente el momento en que las consecuencias de su acto los alcanzan. Nuestros actos nos siguen, es el título de una novela, que encierra en

su enunciado una profunda realidad... Nuestros actos no terminan cuando creemos que han terminado: nos siguen, nos seguirán toda la vida. No hay más que un camino para acertar: mirar varonilmente nuestros problemas de frente, sin pestañear, pedir luz a Dios para conocer la solución y fuerzas para seguir la luz, para no pecar contra la luz. Preguntar a un taurómano, ¿por qué se puede torear a un toro y nunca a una vaca? La vaca es más débil y, sin embargo, no hay torero que se atreva con ella... La respuesta es clara porque el toro, cegado por la pasión, enfurecido por las banderillas, pierde la calma y embiste brutalmente con los ojos cerrados, lo que permite al torero quitarle hábilmente el cuerpo y rematarlo; entretanto la vaca, aunque más débil, concentra su pasión, pero sin perder la calma, jamás cierra sus ojos, mira su blanco de frente y embiste con golpe temible y decisivo: ¡Oh, si nosotros para elegir hiciéramos lo mismo! ¡Si jamás nos dejáramos cegar por pasión ni espejismo alguno, sino que con los ojos bien abiertos, con una pasión del bien concentrado en nuestro espíritu siguiéramos por más que nos costara nuestro camino, el que Dios quiere de cada uno de nosotros! Daríamos en el blanco, y no andaríamos después en la vida como piezas que no encajan, haciendo esfuerzos violentos por encajar sin lograrlo jamás del todo.

De los males que podemos encontrar en la vida, uno de los más graves y de mayor trascendencia es la de no resolvernos a mirar con serenidad y valentía cual sea nuestro propio camino en la vida.

Un conocido escritor, el P. Remigio Vilariño, nos cuenta llanamente esta anécdota personal. «Desde hace mucho tiempo me he preocupado de estudiar mis éxitos y fracasos en la vida y he llegado a esta clara conclusión: Cada vez que he tenido un éxito definitivo ha sido por haber seguido lo que veía claramente ser la voluntad de Dios; pero cada vez que me he apartado de ella, a pesar de éxitos aparentes de un momento, he llegado al fin a la penosa constatación de un fracaso».

El que mire bien su camino y siga por él no escapará de las penas y miserias de la vida, ni escapará de los roces y críticas de sus prójimos: para hacerlo debería escaparse de este mundo, pero en el fondo de su espíritu habrá una inmensa paz. Sabe que está donde Dios quiere, que está haciendo la voluntad de su Padre todo poderoso y lleno de bondad que está en los cielos; sabe que Dios tomará su causa como propia, y que todo termina bien para los que aman con simplicidad la voluntad divina. Mientras a su lado desequilibrados, desesperados, llenos de amargura suspiran los más, él estará como esos robles fuertes plantados en la cumbre de los montes: los vientos servirán para sacudir su copa, limpiar sus hojas, y para hundir cada día más y más sus raíces en la tierra firme de la confianza en Dios. Bien sabe que quien en Dios confía no sufrirá penurias.

¡Joven! Lo que más ardientemente te deseo es que puedas en cada momento decir: estoy donde Dios quiere, hago su voluntad; en Él confió plenamente.

ELECCIÓN DE CARRERA

3. ¿CÓMO CONOCER MI CAMINO?

Ya conoces el plan de Dios sobre la creación: todos los seres, cada ser en particular tiene su misión propia. La misión del hombre no les es impuesta por fuerza, sino que ha sido entregada a su libertad. ¡Privilegio sublime que constituye la grandeza incommensurable del hombre!

A tu elección se ofrecen varios caminos. Terminas tus estudios: ante ti se abre la universidad con sus múltiples carreras; el ejército y la marina; el campo, la industria, el comercio, un empleo, un sitio de obrero; la literatura y el arte. Se abren ante ti igualmente perspectivas más amplias que las carreras mismas, lo que podríamos llamar estados de vida: la vida religiosa, el sacerdocio, el matrimonio. Dentro de estas maneras de vida hay enfoques especiales que te atraerán particularmente: la política, la acción social, la contemplación artística, la vida de oración, el estudio de las Sagradas Escrituras, la Acción Católica. Sentirás quizás una fuerte atracción por la vida social; las fiestas, bailes, diversiones te seducen fuertemente... Los deportes, quizás un deporte especial, el football te atrae irresistiblemente. Todas estas solicitudes estarán frente a tí y otras mil más, al iniciar tu vida en forma más personal e independiente.

¿A cuál de estos caminos te ha llamado Dios? No ha dejado a tu capricho que seas lo que quieras. Tú tienes vocación para algo, ¿para qué? ¿Cuál va a ser el fin de tu vida? Para el sacerdocio, como para la marina, para el deporte, para la música, para la sociología, para la política, para la Acción Católica hay una verdadera vocación, ¿Cómo conocer la tuya?

¿Qué criterio me permitirá discernir el llamamiento divino? ¿El atractivo que en mí ejercen, el agrado, quizás la felicidad que me ofrecen? Esos criterios tan incompletos no pueden ser la norma para un ser racional y menos para un cristiano.

Nuestro criterio ha de ser de orden sobrenatural y debe ser aplicado con la ayuda de una luz sobrenatural, pero esta luz sobrenatural no se nos da ordinariamente en forma milagros, sino que viene a iluminar nuestra razón que discurre apoyándose en los principios de la fe.

El milagro es milagro porque acontece muy raras veces en la vida; no hay, pues, que esperarlo en un problema cotidiano que han de resolver todos los hombres, tanto más cuanto que el mismo Creador nos ha dejado herramientas plenamente eficaces para descubrir por vías ordinarias nuestro camino en la vida.

Con cuánta eficacia nuestro Santo Padre Pío XII al inaugurar este año la Academia Pontificia de Ciencias defendía los fueros de la inteligencia humana para alcanzar la verdad. Nuestra razón participación de la mente divina, nos da a conocer las realidades más fundamentales en que el hombre necesita apoyarse; y todavía cuando se afirma en la revelación de Jesucristo, sus conclusiones pueden llegar a un campo inmensamente más vasto e iluminado por el sol de la verdad divina.

Todo hombre de buena voluntad que aplica con sinceridad su alma a la búsqueda de la verdad, puede estar cierto que se cumplirá en él la conocida proposición: 'Al que hace lo que está de su parte, Dios no le niega su gracia'.

El Espíritu Santo que mora en nosotros, desde el bautismo que nos asiste con sus dones de entendimiento, ciencia, prudencia, es la mejor garantía de éxito en una elección hecha con sinceridad ante la mirada de Dios, aunque no intervenga iluminación milagrosa alguna durante toda nuestra deliberación.

ELECCIÓN DE CARRERA

4. LA PRIMERA NORMA DE ELECCIÓN

El primer principio que nos puede orientar en nuestra elección es indiscutiblemente éste: Dios me llama a aquel estado o modo de vida en el que mejor puedo servirle y en el que mejor puedo salvarme.

Dios ha creado al hombre para conocerlo, amarlo, glorificarlo y mediante este salvar su alma. Esta es la doctrina de San Ignacio de Loyola en la meditación básica de los ejercicios, que él llama «principio y fundamento» de toda buena elección.

«El hombre es creado para alabar, hacer reverencia y servir a Dios Nuestro Señor y mediante esto salvar su alma: y las otras cosas sobre la faz de la tierra son creadas para el hombre, y para que le ayuden en la prosecución del fin para que es creado. De donde se sigue que el hombre tanto ha de usar de ellas, cuanto no ayudan para su fin; y tanto debe quitarse de ellas, cuanto para ella le impiden; por lo cual es menester hacernos indiferentes a todas las cosas creadas en todo lo que es concedido a la libertad de nuestro libre albedrío y no le está prohibido: en tal manera, que no queramos de nuestra parte más salud que enfermedad, riqueza que pobreza, honor que deshonor, vida Carga que corta, y por consiguiente en todo lo demás; solamente deseando y eligiendo lo que más nos conduce para el fin a que somos criados».

Esta página fundamental de los Ejercicios ha iluminado a centenares de miles, y sin exageración a millones de jóvenes «a hacerse sana y buena elección de su vida». No es una página que pueda leerse de corrido y dejarse definitivamente; es una página que ha de leerse, volverse a leer y meditar en la presencia de Dios y con la ayuda de su gracia.

Medicina, ingeniería, sacerdocio, matrimonio, milicia, política, riqueza y pobreza... todo no es en el fondo mi fin, sino un puro medio para conseguir mi fin. He de «hacerme indiferente» ante todos estos medios en forma que no oscurezcan lo único que tengo derecho a desear por sí mismo: Dios, mejor amado, mejor servido, Dios poseído eternamente en la gloria. Ante la luz y la fuerza de ese principio he de mirar tranquilamente en que forma me ayudan o me estorban cada una de las carreras o caminos de vida que me solicitan.

Al término de mi investigación tendré certeza de que Dios me quiere en aquel camino, que hallo ser para mí el mejor medio de alcanzar mi fin lo cual supone —naturalmente— que me encuentre con los talentos, condiciones que me hacen apto para tomar aquel camino y perseverar en él.

Notemos bien y con harta insistencia que no se trata de elegir un buen camino cualquiera, sino el mejor para mí. Y acentúo estas dos palabras: «para mí» no para un ser abstracto, sino bien en concreto para mí, con todo mi equipo de inteligencia, afectividad, simpatía, cualidades y defectos, influencias o inclinaciones, con todas las posibilidades que la vida me ofrece a mí; en el momento concreto que vive ante las necesidades del mundo, de la iglesia, de la Patria, de mi localidad, de mi familia.

Es un yo bien real quien se plantea el problema, un yo de espíritu y carne (no sólo de carne y huesos), cristiano que mira el problema a la luz de su Padre Dios, con los ojos, el criterio y el corazón de Cristo. Y este yo quiere escoger un camino, no en camino que sea simplemente bueno, sino el mejor para mí.

¿Cómo voy a contentarme con que lo que elijo no sea malo, si hay mil posibilidades mejores para mí? ¿Tendré derecho a contentarme con un simple aprobado como alumno si soy capaz de grandes conquistas intelectuales? ¿Me contentaré con cultivar una cuadra de terreno si puedo cultivar mil y éstas son útiles para mí y necesarias para los demás? ¿Me contentaré con dar un buen remedio a un enfermo a quien puede darlo una medicina de eficacia inmensamente mayor?

Este criterio de «el mejor en el caso concreto» que se tiene en todo negocio importante, ha de ser el criterio bien preciso que hemos de tener en el más importante de los negocios, aquel del cual depende mi vida, y la vida de muchos otros, mi tiempo, mi felicidad, y lo que es más, mi eternidad y tal vez la eternidad de muchos otros seres, humanos míos. Estas consideraciones, por desgracia, iqué ajenas son a la elección de la mayoría de los jóvenes que se dicen cristianos! aun aquellos que piensan seriamente en problema de su porvenir ¿tienen el valor de afrontar toda la ruda seriedad, la viril macicez de este principio con todas su fuertes consecuencias? Muchos de ellos al verlo claramente retroceden espantados de las consecuencias a que la lógica cristiana llevaría a muchos de ellos: no se atreven a escalar la ascensión de la adusta mole, prefieren las soluciones fáciles de un camino llano y conocido. ¡Si supieran que la felicidad es inseparable de la verdad! ¡Si se dieran cuenta que la paz es la tranquilidad en el orden! No tengas miedo, tú joven amigo, a afrontar el problema con toda su realidad a la luz de Dios, de tu alma, de la eternidad, de los grandes valores, los únicos que pueden inspirar las grandes resoluciones.

Para un joven que pretende ser cristiano de veras, las grandes preguntas que deberá hacerse antes de elegir su camino en la vida, son las siguientes: ¿Dónde evitaré mejor el pecado? ¿Dónde me será más fácil alcanzar la perfección? ¿En qué estado ayudaré más segura, más intensa y extensamente a las almas? ¿Dónde haré una obra más duradera, más sobrenatural? ¿Dónde daré mayor gloria a Dios, dónde lograré alcanzar mayores merecimientos para la vida eterna?

Hay en nosotros varias vidas: el problema está en dar amplio cauce a la mejor, a la vida divina. Busquemos primero el Reino de Dios, lo demás vendrá por añadidura, y no hagamos al revés: pensar antes que todo en la añadidura, y esperar que Dios habrá de ser lo bastante bueno, para no privarnos de su Reino, a pesar de nuestra ruindad. La masa de los jóvenes seguirá siendo terrena y carnal, pero ¡oh Señor, haced que los que han recibido más luz, no pequen contra la luz!

ELECCIÓN DE CARRERA

5. ¿QUE ES LO MEJOR PARA MÍ?

El principio está claro, pero ¿cómo conocer cual es en concreto mi mejor camino?

La respuesta a veces se ofrece con luz meridiana, como se ofreció a Pablo en el camino a Damasco, a Mateo y a todos los Apóstoles que tuvieron la suerte de oír la inconfundible voz del Maestro que les señalaba claramente cual era su voluntad. Así también en forma inconfundible algunas almas ven con claridad meridiana su ruta en la vida, como el camino querido por Dios. Ni la sombra de un titubeo: saben lo que el Señor quiere de ellos y marchan tras esa voluntad. Podríamos decir que se trata de «vocaciones impuestas por Dios», no en el sentido que el hombre no sea libre de rechazarlas, sino en un sentido que el Señor no lanza sólo una invitación, sino un llamamiento categórico.

Otras veces La voluntad divina se manifiesta por el análisis de las aptitudes de que Dios ha dotado al joven en vías de elegir. Mi Padre Dios, ¿para qué me ha dotado? ¿Qué armas me ha entregado? Es indiscutible que si tengo dificultades serias para los estudios abstractos, poseo un buen indicio de que Dios no me quiere en la Universidad; si carezco en absoluto de facilidad matemática, no deberé soñar en ser ingeniero; si no tengo gusto artístico, no deberé pensar más en la Arquitectura, ni un cojo en ser esquiador, o un sordo músico. Mis aptitudes, por tanto, que me han sido dadas por Dios limitan enormemente el campo de mis posibilidades, excluyen determinadas carreras y modos de vida e incluso me muestran con frecuencia mi camino en forma positiva. Porque si del análisis de mis cualidades descubro una capacidad extraordinaria en determinado sentido, puede discernir en esa facilidad una voluntad divina de que cultive el don que me ha sido dado y marche por el camino más propicio para eso. Y eso es claro: si el gobierno me entrega un acorazado no será para que pretenda navegar por el río Mapocho, o si me ofrece una ametralladora no será para que vaya a matar zorrales.

Cuando Dios da a un joven aptitud y habilidad para cosas excelsas, es indudable que le llama a algo grande, como cuando su capacidad, su horizonte es estrecho, indiscutiblemente no debe pretender lanzarse a trabajos que superen sus dotes personales.

Reflexionen seriamente aquellos jóvenes que con toda humildad, pero con toda verdad descubren en sí huellas más profundas del paso de Dios por sus vidas: sus grandes aptitudes, su sentido social, su espíritu apostólico, su capacidad de arrastre y de

organización, su facilidad para la propaganda oral y escrita, su don de simpatía, su espíritu de recogimiento, su especial facilidad para orar y sumergirse en lo divino... son dones de Dios, que no les han sido dados para que se recreen vanidosamente en ellos, ni para captar aplausos, ni como medios de surgir orgullosamente, sino como poderosas herramientas de acción, dadas en beneficio de la comunidad, que un cristiano se llama Cuerpo Místico de Cristo.

Esas cualidades quien las ha recibido tienen obligación de usarlas en el sentido que Jesús nos propone en la parábola de los talentos. El que recibió dotación como diez, tiene que pensar que ha de tomar un camino que responda a esa perfección como diez, que ha recibido para poder rendir otros diez; el que ha recibido cinco, debe aceptar un sitio en la vida que le permita rendir como cinco, el que dos, como dos. El que recibió capacidad como uno y cobardemente escogió en la vida un sitio en que ese uno no podía rendir otro uno, oyó de labios de Cristo esa terrible sentencia de condenación por no haber hecho fructificar las gracias recibidas.

Cuántos por desgracia son los jóvenes que han recibido como diez y obran egoístamente como el que recibió uno y enterró su talento!. Esos son los que pecan contra la luz y contra la caridad, el supremo mandamiento del cristiano que nos obliga a poner al servicio de nuestros prójimos todo lo que Dios nos ha dado para ellos.

Esta consideración golpea fuertemente a quienes tratan con jóvenes. Vemos con frecuencia a muchachos dotados maravillosamente, que por culpa propia de sus padres renuncian a explotar estas cualidades y se embarcan en empresas minúsculas en su sentido divino y aun humano. Sus trabajos no tienen otra perspectiva que la de ofrecerles dinero, mucho dinero, que después les traerá confort y les permitirá arrellanarse cómodamente en la vida. ¡Egoístas, duros de corazón! Entierran sus aspiraciones en una cartera repleta de billetes... Pasó su vida. ¿Qué hicieron esos jóvenes de quienes había derecho a esperar tanto? Consumieron inútilmente sus vidas. En la horrenda crisis moral actual entristece y subleva este sentido egoísta, esta huida de la lucha que amenaza sobre todo a quienes por haber recibido más abundancia de medios ignoran lo que es el dolor. Los que lo han recibido todo hecho desconocen totalmente las alegrías profundas del renunciamento y del sacrificio.

Una inyección de idealismo y de valores desinteresados, de altruismo y de amor humano y sobrenatural es una de las más urgentes necesidades de la juventud de nuestra época, para que pueda encontrar su camino en la vida

ELECCIÓN DE CARRERA

6. ¿A QUE TE INCLINAS?

Puede servirte para conocer tu carrera el estudio de tus inclinaciones superiores cuando éstas son profundas y constantes.

La inclinación a algo hace más fácil su realización, y puede con frecuencia considerarse como una señal de llamamiento divino: «Con gran reverencia nos gobiernas, oh Señor», dice el Profeta, experto en el conocimiento de los caminos del Altísimo.

No toda inclinación, sin embargo, es señal de una vocación, pues hay en el hombre tendencias muy diferentes: inclinaciones al bien e inclinaciones al mal; fuerzas que nos invitan a la perfección y otras que nos empujan al egoísmo, a la pereza y aun al vicio. ¿Cómo podrían estas inclinaciones significarles la voluntad divina? Por tanto, sólo aquellas inclinaciones superiores que encauzan nuestras mejores cualidades son las que pueden ayudarnos a conocer nuestra Carrera.

Estas inclinaciones, para ser tomadas en serio, han de ser también constantes, permanentes, no caprichos pasajeros, ni sentimentalismos momentáneos.

Una inclinación, para ser constante, ha de estar basada en la íntima convicción del individuo. Hay inclinaciones totalmente desarraigadas de convicciones; inclinaciones que se tienen únicamente «porque sí», «porque me gusta», «porque tengo gana», porque aquello es tan novedoso, tan atrayente, tan interesante... Estas convicciones no pueden durar como no puede durar ninguna inclinación puramente sentimental, sin arraigo en la inteligencia. Los sentimientos son más volubles que el tiempo que tan pronto está lluvioso como ardiente; ya tenemos un día encapotado, o un hermoso azul primaveral. Por tanto, las inclinaciones que nos pueden servir de guía han de tener profundo arraigo intelectual, han de estar siempre controladas por la razón, iluminadas por la fe.

Una auténtica inclinación admite todavía una gran variedad de matices en lo que a su aspecto intelectual y emotivo se refiere. Inclinaciones hay en que el sentimiento parece estar totalmente ausente, y predomina la visión serena de la inteligencia de un bien determinado. Otras hay en cambio que inclinan y arrastran al ser entero: a la inteligencia, a la voluntad y a la sensibilidad, que en algunos casos llega a transformarse en verdadera pasión. Si esto último existe hacia un camino bueno, ¡tanto mejor! Más natural y más fácil nos será descubrir y seguir nuestra ruta en la vida. Pero no es raro que el hombre tienda en algunos casos hacia una manera de vivir, únicamente con sus potencias superiores, mientras repugnan positivamente sus apetitos inferiores. En estos casos, ¿tendrán aún algún valor nuestras inclinaciones para descubrir nuestra carrera? Sí; ciertamente.

Fácilmente es de emprender que tales repugnancias no nacen de la ausencia de una verdadera tendencia de la parte superior, sino de las dificultades que ofrece la sensibilidad que presiente lo que tendrá que sufrir.

Una vocación a la vida religiosa, al sacerdocio, a las misiones, al servicio social, al ejército, a aceptar un puesto oscuro y sacrificado es normal que despierte hondas resistencias de nuestros apetitos inferiores. Más aún, si no se despiertan en algún momento estas resistencias, es muy de tomar que el joven en cuestión no haya meditado seriamente el paso que va a dar. ¿Cómo no temblar ante la renunciación de tantos bienes incompatibles con la carrera que se va a seguir, ante la incertidumbre de su perseverancia en ella, ante la debilidad de sus fuerzas y la grandeza de la obra que piensa acometer? La inteligencia

y la voluntad apoyándose en la fe, terminan por sobreponerse, pero no logran ahogar las voces inferiores de nuestro ser.

Es raro encontrar la vida de un santo, o de un hombre que haya realizado una empresa grande y generosa en la que no se encuentren estas luchas. Ellas no prueban pequeñez de espíritu sino, al contrario, una inmensa grandeza de alma que se demuestra en la victoria contra algo tan íntimo al propio individuo como son sus sentimientos y pasiones.

Estas repugnancias sólo debemos tomarlas en cuenta para alejarnos de un camino que entrevemos el mejor, cuando son tan violentas que no dan esperanza alguna de ser superadas; o al menos van a exigir un desgaste tal de energías en combatirlas, que nos hacen prever que el joven va a consumir en la lucha la mayor parte de sus fuerzas, viviendo en un permanente reajuste de sus potencias. La lucha no nos debe espantar, sino sólo la lucha desproporcionada y estéril. Antes de declararnos en retirada no dejemos de meditar las fuerzas que da la gracia al que en ella confía: « Todo lo puedo en Aquel que me conforta»; ni dejemos tampoco de consultar nuestro caso con personas imparciales y de experiencia.

En estos casos con más urgencia aún que en otros, conviene que el joven no esté solo en la batalla, si no apoyado por un director espiritual experto y comprensivo a quien tenga toda su alma descubierta. Es una peligrosa tentación la de querer batirse solo en estas dificultades que ordinariamente encuentran al joven desprevenido, desorientado sin conocer su importancia, sus peligros y los medios de vencerlas. Con toda humildad y hombría acuda, por tanto, el joven a su director y hágale conocer las vicisitudes de su espíritu y entréguese en sus enanos con espíritu de fe. Con mucho cuidado ha de proceder un joven en la búsqueda de su director espiritual, pero una vez hallado séale fiel, déjese de andar buscando nuevas opiniones y tenga cuidado que su alma entera le sea patente con todas sus aspiraciones y repugnancias.

Estas batallas del espíritu son muy conocidas de los maestros de almas; han sido cuidadosamente descritas desde hace centenares de años. San Ignacio entre otros, nos ha dejado un tratado maravilloso de «Discreción de espíritus », en que nos señala con admirable precisión las líneas generales de estos combates, comunes a todos los que quieren embarcarse en una empresa generosa.

A ratos se nubla completamente el horizonte. Un estado de abandono, de tristeza, de depresión, se apodera del alma. Le parece a ésta que sus esfuerzos son sin sentido alguno, que su sacrificio es estéril, hasta la misma fe se oscurece, cree estar en el vacío. Las verdades que ha creído, ¿no serán una gran ilusión?, ¿Habrà algo más allá que compense su sacrificio? ¿Podrá él soportar su desmedro la rudeza de la nueva vida que va a emprender? San Ignacio, que describió maravillosamente estos estados de alma, los conocía por experiencia: cuando comenzó su camino de perfección, entre otras muchas tentaciones oía en su interior una voz demoníaca que le decía: «¿Cómo podrás, Ignacio, soportar este camino durante 70 años que aún te quedan de vida?»

Estas experiencias dolorosas son tanto más duras cuando que suelen venir después de una alegría desbordante de una plácida felicidad que sigue a la primera decisión de darse

a una causa grande. El joven inexperto en los caminos del espíritu toma esta felicidad como una tierra conquistada, cree poder construir en ella una habitación permanente, se siente absolutamente seguro de sí y levanta planes audaces y quiméricos... Su espanto es inmenso cuando en un abrir y cerrar de ojos sin saber cómo ni porqué se encontró mudado totalmente y con aspiraciones tan diferentes. Anticipándose a estas crisis, el Director prudente frenará sus primeras resoluciones generosas, le hará entrever las dificultades, le dará algún tiempo para que madure en su espíritu el propósito tomado. Este madurar la resolución hará que no prevalezca el aspecto sentimental y emotivo, se arraigue la convicción honda y sobrenatural que es la única capaz de resistir las emociones alternas que se estrellarán en contra de él.

Una vez que se presentan las primeras dificultades, habrá de mantener su ánimo, y alentarse con la esperanza de la victoria próxima. Después de los temporales sale el sol que brillará sobre un azul tanto más sereno y más intenso cuanto más violenta haya sido la batalla.

En esos días en que se oscurece el horizonte de la fe, debe el joven aprender a obrar como los expertos marinos que cuando se ven sorprendidos por densos nublados no echan marcha atrás sino que avanzan más lentamente, pero avanzan, o sino al menos se paran y pitan. Pararse, detenerse, no cambiar los propósitos y pitar; esto es orar, orar mucho, y tener fe, ¡pronto saldrá el sol!, Y así es en verdad.

San Ignacio nos enseña en tales casos de desolación no mudar los propósitos hechos en la consolación, sino insistir varonilmente en ellos, o bien mudarlos contra la misma desolación haciendo nuevos avances generosos a Nuestro Señor. Así lo hizo él en la lucha que hemos mencionado, insistiendo en la permanente oración y ayuno que Dios premió, con una paz de alma tan intensa que con frecuencia después afirmaba que si se perdieran todos los libros que contienen las verdades de la fe, no dudaría de esas mismas verdades por la ley interior que sentía en su alma.

Otras veces son pasiones carnales las que se enfrentan contra una resolución generosa: la austeridad de la vida que se ve en perspectiva, la falta de los placeres a que se ha estado habituado. Así, San Agustín, cuando luchaba penosamente en su alma por iniciar una vida cristiana veía en su mente todos los antiguos deleites de la carne en que había vivido durante largos años y le parecía oír voces: «¡Cómo!, ¿nos vas a dejar? ¿Vivirás sin nosotras? ¡No serás capaz de seguir ese camino!»

El ejemplo de Agustín es una útil experiencia para quienes sientan en sí esta lucha, pues con la gracia de Dios cortó con esa vida y cortó totalmente, llegando a ser un gran santo, y lo que es más, deshizo todos los vínculos humanos. Su madre que cenecía sus largas y antiguas debilidades pensó tan pronto se convirtió en buscarle una compañera a la cual se uniera en matrimonio para garantizar la tranquilidad de su hijo, pero éste resistió firmemente, se abrazó con la castidad, y el que había vivido largos años en el pecado, vivió hasta una prolongada edad en perfecta castidad. La Iglesia apellida a San Agustín, «Doctor de la gracia», porque en realidad ningún otro dogma exaltó tanto el Pecador convertido como el de la gracia, cuya totalidad omnipotente él experimentaba cada día en su carne y en su espíritu transformados.

Ante estos embates, los apocados se retiran temerosos, los valientes caballeros de la cruz saben que ellos solos no pueden nada, porque «todo lo pueden en Cristo que les reconforta». Aceptan la pelea y son coronados por el triunfo. Joven que lees estas líneas, si alguna vez en tu vida recibes un llamamiento a algo grande y generoso, apróntate para la lucha y regóciate de antemano con la victoria. No será coronado sino el que peleará valientemente... El Reino de los cielos padece violencia y sólo los esforzados le arrebatan... El que ama su alma la perderá, pero aquel que la perdiere por Mí la hallará... El grano de trigo si no muere, queda solo y estéril, si muere da fruto en abundancia... Si a mí me persiguieron, también os perseguirán a vosotros, pues no es el discípulo más que su Maestro... ¿Comprendes esta lección? ¡No vaciles! ¡Pelea valientemente por seguir el llamamiento de Cristo!

ELECCIÓN DE CARRERA

7. SI AUN NO VES CLARO, ¡REFLEXIONA!

Has analizado las luces recibidas del Señor, las aptitudes que El te ha dado, las inclinaciones profundas y superiores de tu ser, pero aun no ves claro. ¿Qué hacer? Acógete a la reflexión serena y tranquila ante los ojos de Dios.

Escoge un tiempo, un día en que tengas paz, o una temporada de descanso y serenidad, o unos ejercicios espirituales. Es necesario que estés tranquilo, dueño de ti: esto es indispensable, para que seas tú, tu yo superior el que escoja.

Te servirá como de camino para llegar a la verdad de tu razón que es una luz divina depositada en tu ser. Es la reina de tus facultades, inmensamente superior en seguridad al sentimiento; es la que te eleva hasta Dios, la que te permite discernir entre el bien y el mal, la que nunca debería estar ausente de ninguna deliberación importante de tu vida, incluso si has escogido por alguno de los otros caminos que te indiqué; procura también controlar tu elección por el método que ahora te voy a indicar.

Pero la razón no va a pesar honras y deleites; pesos mas, pesos menos; jubilaciones más o menos rápidas, ascensos más o menos seguros: si estas consideraciones entran también en juego, entrarán en un lugar muy secundario. San Ignacio te da un consejo inicial antes de que te sumas en la reflexión: ¡que tu ojo sea simple!, esto es, que mires tu elección como un medio de realizar el fin de tu vida; alabar a Dios Nuestro Señor y salvar tu alma.

¡Simple, pura intención! Difícil, difícilísima tarea: muévete ordenadamente por sólo tú fin, no por otras razones secundarias, cualesquiera que ellas sean. He ahí el hombre que se posee plenamente, aquel que logra ponerse serena y tranquilamente ante su fin; y ante él examina los medios como medios, caminos para ir al fin, pero que jamás convierte los medios en fin. Razón única para tomar un camino o privarme de él: «el solo servicio de Dios Nuestro Señor y la salud eterna de mi alma».

San Ignacio, recto ante Dios como una espada, insiste una y otra vez, en este punto: Mira joven que aquel amor que te mueva a hacer o elegir algo «desciende de arriba del amor de Dios», de manera que al elegir un camino de vida, te das cuenta que lo eliges «sólo por tu Criador y Señor». Solamente por Dios... estas palabras no están vaciadas de sentido para San Ignacio, encierran para él y para los que empapa de su espíritu una realidad que no es exageración ni palabra hueca sino la primera y fundamental orientación para hacer «sana y buena elección». Todo el libro de los ejercicios que él escribió ahí se orienta: a una sana y buena elección, a que pueda el hombre ordenarse en la vida «sin determinarse por afición alguna que desordenada sea».

Claro está que no es frecuente encontrar hombres capaces de tomar la vida con esa integridad: muchos porque no tienen capacidad siquiera para proponerse el problema en toda su fuerza, otros porque están de tal manera arraigados en lo sensible, en lo temporal, en los valores humanos, que están como ciegos a una luz sobrenatural tan pura, o como sordos para oír una voz divina tan suave. Estos son los que el mismo San Ignacio dice que «no tienen mucho subiecto», a los cuales no se pretenda siquiera proponerles este problema de elecciones, porque no lo comprenderán.

Siempre, felizmente, hay en el mundo hombres bien dotados, de alma grande y generosa que son los que dan el sabor a la vida y dispuestos a proceder con una verdad total, de esos que en ninguna forma quieren «pecar contra la luz», que en todo lo posible desean aprovechar, que son muy honrados con Dios y consigo mismo hasta el fin. Uno de éstos vale más para la Iglesia, para la Patria y para la sociedad que mil mediocres. «El mundo vive por pocos».

Supuesta esa rectitud de espíritu inicial ¿qué hará nuestro joven? Se propondrá su problema bien en concreto: «qué camino voy a seguir en la vida», dentro de aquellos que le ofrecen duda seria, que ordinariamente no serán más de dos o tres posibilidades. Deslindar por tanto cuidadosamente el terreno de la elección.

En seguida: «Es menester tener por objeto el fin para que soy criado, que es para alabar a Dios Nuestro Señor, y salvar mi ánima; y con esto hallarme indiferente, sin afición alguna desordenada; de manera que no esté más inclinado ni afectado a tomar la cosa propuesta que a dejarla, ni más a dejarla que a tomarla; mas que me halle como en medio de un peso para seguir aquello que sintiere ser más en gloria y alabanza de Dios Nuestro Señor y salvación de mi ánima». La norma es bien clara.

Luego pediré a Nuestro Señor «quiera mover mi voluntad y poner en mi ánima lo que sea de su mayor gloria, y discurriré con mi entendimiento eligiendo conforme a su santísima y beneplácito voluntad». Para esto raciocinaré cuantas ventajas se me siguen de abrazar uno de aquellos caminos, y cuántas desventajas; cuántos provechos de no seguir ese camino y cuántos inconvenientes al abandonarlo, pero todo esto ante «la sola alabanza de Dios Nuestro Señor y salud de mi ánima».

«Después que así he discurrido y raciocinado a todas partes sobre la cosa propuesta, mirar donde más la razón se inclina; y así según la mayor noción racional, y no noción alguna sensual, se debe hacer deliberación sobre la cosa propósita».

Finalmente «hecha la tal elección o deliberación, debe ir la persona que tal ha hecho con mucha diligencia a la oración delante de Dios Nuestro Señor, y ofrecerle la tal elección, para que su Divina Majestad la quiera recibir y confirmar siendo su mayor servicio y alabanza».

¡Qué sublime resulta esta actitud de alma que San Ignacio aconseja a todo joven que quiere elegir! Y al mismo tiempo ¡qué segura! El sentimiento, los afectos intervienen sí, pero controlados por la razón, y ésta sublimada por la fe y coronada por la caridad. La razón última de obrar es mi fin, mi fin último, la gran realidad de la vida, la realidad eterna ante la cual las otras realidades del tiempo, brillantes y sonoras, sólo son como una apariencia. Pues ¿qué comparación tiene el tiempo con la eternidad? ¿Cómo pueden comportarse el Creador y la criatura? ¿Lo que siempre ha sido y es por sí mismo, con aquello que es lo que es por virtud de Dios? Esta realidad última, maciza, es la norma y criterio de elegir.

Frente a esa norma me sitúo yo, este yo bien concreto con todo mi equipo de cualidades, aspiraciones, sentimientos, tendencias que Dios ha puesto en mí para que lo glorifiquen en un sitio que no es el mismo para todos. Frente a Dios va a hacer su elección este yo que ha vivido ya ciertos años en la vida y ha contraído virtudes y defectos, ha arraigado en su alma costumbres y afectos, está rodeado de tales y cuales personas, se abren ante sí tales y tales expectativas. Este yo que vive en un momento dado de la historia de su familia, de su patria, del mundo, agitado por tales y cuales necesidades algunas de las cuales son más imperiosas que otras, necesidades unas de orden temporal, otras de alcance eterno. Este yo, consciente de su responsabilidad inmensa, consciente de que su vida se vive sólo una vez, consciente de su deuda total con Dios procurará conocer el camino en que Dios quiere que actúe los cortos años que recorrerá este mundo, antes de realizar su eterna unión con su Padre y Creador.

Iluminado en forma insensible pero real por el Espíritu Santo iniciará su estudio tranquilo. Útil le será escribir... puede aún si le ayuda, materializar este trabajo consignando en un cuaderno sus resultados para mejor controlarlos en momentos sucesivos. Puede sencillamente escribir a cuatro columnas.

1ª) Ventajas para mí de ser ingeniero, por ejemplo;

2ª) Desventajas de ser ingeniero;

3ª) Ventajas de no ser ingeniero;

4ª) Desventajas de no ser ingeniero.

Este análisis le permitirá conocer mejor todos los aspectos objetivos y subjetivos del problema.

Entre las ventajas o desventajas han de figurar en primer lugar las posibilidades que me ofrece cada camino para mi perfección individual y mi apostolado. ¿En qué carrera me santificaré más?, esto es, alejaré más la posibilidad del pecado y expansionaré más mi

mejor yo por la práctica de las virtudes. ¿En qué carrera, yo en concreto, haré un bien mas extenso, más profundo, mas sobrenatural y más humano? ¿En qué carrera tendré una influencia más honda y duradera sobre las almas?

Si aún no acaba de ver clara su solución puede proponerse el problema en esta otra forma. ¿Qué haría Cristo en mi lugar? ¿Qué escogería Cristo si tuviese mi edad y se encuentra en idéntica situación a la que yo me encuentro? ¿Qué me aconseja El hacer a mi? Recorra suavemente la vida del Maestro, sus enseñanzas, sus preceptos y sus consejos, véalo obrar en medio de sus discípulos y de la turba, capte sus ideales ardientes de gloria de Dios y salvación de las almas. Míreme después a mi que marchó a su lado y lleno de un ardiente amor le diré: ¿Qué quieres Señor que haga? ¿Qué harías tú, tú que eres mi Camino, mi Verdad, mi Vida?

No veo aún claramente... Tal vez es porque se trata de un problema mío. Quizás si en lugar de resolver un problema personal resolviera yo un problema análogo pero ajeno, de un amigo mío muy querido que viene a consultarme su caso, un caso igual al mío, pero que no se realiza en mi, sino en él. Eso sí, yo deseo sinceramente «toda su perfección».

Considerar lo que yo le diría que hiciese, y eligiese para mayor gloria de Dios Nuestro Señor y mayor perfección de su ánima». Déle mi consejo: tengo que zanjar un asunto, que ya ha sido muy pensado, Él me pide sencillamente que corte el nudo, que le resuelva su caso... ¿Qué le diría? Aplíqueme a mí, llanamente, el consejo que a él le he dado.

Aún otro expediente te sugiere San Ignacio, joven que escoges. Imagínate que estás terminando tu vida, a punto ya de morir. La comedia de aquí va a terminar y va a comenzar la otra vida, la verdadera, la definitiva, la eterna. Vas a presentarse a Cristo tu Juez, que te va a pedir cuenta de tus talentos, de las gracias que te dio. ¿Cómo quisieras presentarte ante Él? ¿Qué camino quisieras haber seguido el día de tu muerte? Honradamente ¿qué uso quisieras entonces haber hecho de tu vida? Durante la eternidad ¿qué carrera piensas será para ti una satisfacción el haberla seguido? Hasta donde eres capaz ahora de verlo, piénsalo. No olvides que se trata del uso no «de la vida», sino «de tu vida» bien concreta.

En todo caso esta elección aunque se resuelva claramente, con mayor razón si se complica, consúltala con tu Director Espiritual. Nadie más desinteresado que él que no mira sino el bien de tu alma; y pocas personas mas preparadas, si lo has escogido bien. Él tiene experiencia de la vida, conoce el camino; ha ayudado ya a muchos en igual problema; tiene gracia de Dios especial para iluminarte.

Ha terminado, mi querido joven, tu trabajo. Ha sido largo, penoso... Quizás te quitó el sueño, el apetito; durante algunos días estabas como ido, parecías vivir en otro mundo. Has sufrido en esta elección, pero no te arrepientas de haberte propuesto el problema: has obrado como un hombre en esta época en que los hombres están tan escasos; has obrado como un cristiano, y acuérdate que el cristiano es milicia de valientes... Has dado a luz un apóstol, un convencido, quizás un santo... Todo trabajo es poco. Los grandes hombres han meditado durante largos años sus planes. Los estadistas atraviesan los mares, se reúnen durante días y días asesorados por sus generales para planear una batalla... Los comerciantes nombran comisiones técnicas para tratar de ganar unos

pesos... Tú ¿qué será razón que hagas para conocer el uso de tu vida? No te arrepientas de haber trabajado; tienes derecho a estar contento y tranquilo.

Y ahora que has puesto de tu parte cuanto has podido por asegurarte una buena elección, no temas. ¡Dios está contigo! ¡Adelante! Al que hace cuanto está de su parte por conocer la voluntad del Señor, El no le niega su gracia. Si vienen pruebas puedes tener en tu corazón la profunda alegría de que no has entrado en un camino siguiendo tu capricho, sino porque has creído obedecer la voz de tu conciencia que te revelaba la de tu Criador y Padre. «El varón obediente cantará victorias» Tú has obedecido a la voz del Señor. No temas. ¡Dios está contigo!

ELECCIÓN DE CARRERA

8. ¿SABES LO QUE ES EL SACERDOCIO?

Al tratar los jóvenes el problema de la elección de carrera, pocos son los que se proponen entre los caminos que podrían elegir el del sacerdocio. Muchos no lo conocen suficientemente; otros tienen ideas falsas sobre su misión y los más carecen de una noción exacta de lo que constituye una vocación al sacerdocio.

Una campaña de denigración del sacerdocio ha sido dirigida intensa y hábilmente por los enemigos de la Iglesia: se les insulta, se les esquivo, se les llama cuervos... se les grita ¡cuá! ¡cuá!, la gente supersticiosa toca hierro a su paso; les achacan crímenes... Si un cura es malo, todos los curas son malos... En más de una ocasión se les apedrea y en las revoluciones últimas, las primeras y más numerosas víctimas han sido los sacerdotes: en la revolución de España, sacerdotes y religiosos dieron su vida por Cristo; en Méjico cerca de 300 fueron asesinados, en la revolución cuyo recuerdo está todavía tan fresco.

Muchos católicos los estiman sí, pero ¡ide lejos! Son para ellos ministros religiosos que ejercitan ciertas ceremonias sagradas indispensables; se les ha de llamar para el bautizo y para el entierro de los seres queridos, pero se les niega ese aprecio íntimo que se traduciría en entrega de sus hijos cuando Dios los llama a participar de su vida.

Pero también hay católicos y ¡muchos felizmente! para quienes el sacerdocio católico es lo más grande que hay sobre la tierra. El sacerdote es el padre, doctor, consejero, consolador, amigo, dispensador de la gracia, Cristo viviendo permanentemente en el mundo.

Procuremos desentrañar lo que es el sacerdote católico

CRISTO EL PRIMER SACERDOTE

El ser más grande que ha existido en este mundo es Cristo-Jesús. Dios y hombre verdadero, causa de nuestros bienes todos, esperanza ciertísima de los que pronto alcanzaremos. El cristiano que conoce su fe sabe que día se resume toda en Cristo. Sus bienes se compendian en Cristo. Su vida debiera pretender como la de Pablo, ser prolongación de la vida de Cristo.

Ahora bien, Cristo fue sacerdote, y todo sacerdote es otro Cristo. Las características del sacerdocio católico no son más que repetición de las que Cristo ostentó en su persona; los poderes y la acción de nuestros sacerdotes son un eco de los poderes y de la acción de Cristo.

Jesús ungido sacerdote con la unción de su unión hipostática a la divinidad, ofreció el gran sacrificio de su Cuerpo y Sangre, en redención de los pecados, perdonó las culpas de los pecadores, nos dio los sacramentos, canales de gracia; predicó la Buena Nueva, el Evangelio de nuestro rescate y divinización, consagró su vida a la formación de las almas y a consolar y aliviar los dolores; y finalmente buen Pastor, de la vida por sus ovejas. Él es con toda verdad el primero y el gran sacerdote, y aunque todas sus acciones fueron de valor infinito porque eran divinas, sin embargo las más trascendentales para la humanidad fueron las que practicó como sacerdote: las que constituyeron su sacrificio que nos redimió y nos hizo hijos de Dios y herederos del cielo.

SACERDOTES, CONTINUADORES DEL SACERDOCIO DE CRISTO

La misión que Jesús vino a realizar a la tierra de glorificación del Padre y de redención de los hombres quiso Él continuarla en el mundo primariamente por sus sacerdotes. De entre la muchedumbre que lo seguía escogió doce, los separó para que estuviesen con Él, les dio el poder de consagrar su Cuerpo, de predicar su doctrina, de perdonar los pecados. Fueron sus amigos, sus íntimos. Con Él vivían. Para ellos sus explicaciones más íntimas, la promesa de su perpetua asistencia espiritual, hasta el poder de hacer milagros.

Estos sacerdotes, los Apóstoles, por encargo del mismo Cristo comunicaron sus poderes a otros hombres llamados invisiblemente en el fondo de su alma por Cristo, y a quienes en forma sensible ellos imponían las manos y les comunicaban los poderes que les había conferido el Maestro... Otros y otros... Millones ha habido en el mundo. Unos trescientos mil hay hoy en el mundo que han recibido el sacerdocio de Cristo y han consagrado su vida a la gloria de Dios y a la salvación de las almas. Son ellos los que han recibido una misión que se parece más que ninguna a la misión de Cristo, el Salvador.

LLAMADO Y UNGIDO

«No me elegisteis vosotros a mi, sino yo os escogí a vosotros». Elegidos por Cristo, y ungidos porque electos.

¡Qué bien entendió a grandeza del sacerdote, incluso de su cuerpo consagrado, el Padre Guillermo Doyle quien escribió los hermosos pensamientos que vamos a transcribir! Tanto respeto sentía el Padre Doyle por el cuerpo humano santificado por la gracia que cuando actuaba como capellán de ejército en la guerra de 1914, trabajaba sin descanso por enterrar hasta los miembros dispersos de sus soldados, porque formaron parte de un templo del Espíritu Santo. ¡Qué bien podría él comprender la grandeza y Santidad de un cuerpo ungido para Ministro de Dios.

Respeto merecen los vasos consagrados al servicio del altar por la mano del Obispo: su contacto con el Cuerpo y Sangre de Cristo les ha comunicado algo de su santidad. El

cuerpo del sacerdote es también consagrado con el crisma de la ordenación, alejado de los placeres de la tierra por el voto de castidad. «¡No toquéis a los ungidos del Señor! Yo os he separado de las demás gentes para que seáis míos», dice el mismo Dios. Tú eres, dice San Pablo, «sacerdote excelso, santo, inocente, inmaculado, segregado de los pecadores y hecho más alto que los cielos». El día de su ordenación el sacerdote arrodillado ante el altar extiende las palmas de sus manos : en ellas el Obispo, con el santo crisma, traza una cruz y le dice : Dígnate, Señor consagrar y santificar estas manos, para que todo lo que bendigan sea bendito y todo lo que consagren sea consagrado y santificado, en el nombre de Jesucristo Señor Nuestro. Amén »

En estas manos consagradas en adelante va a descansar con Cuerpo del Salvador. Ellas van a sostener la ostia consagrada y a repartir el pan de la vida a millares de almas hambrientas. Estas manos santas se levantarán en alto para bendecir al inocente y absolver al pecador; derramarán el agua del bautismo sobre la criatura recién nacida; consagrarán los vínculos sagrados del matrimonio y ungirán el cuerpo del cristiano moribundo para prepararlos a su jornada de la eternidad. Muchas veces se unirán en la oración y se extenderán ante el trono del altar en silenciosa súplica por las almas de los hombres; su secreto poder romperá las cadenas del pecado; y apartará del mundo perverso las iras de un Dios ofendido.

«¡Qué hermosas aparecen sobre las montañas las plantas de aquel que trae la buena nueva y que predica la paz!» ¿A quién mejor que al sacerdote se pueden aplicar estas palabras cuyos pies están siempre prontos a correr al lecho del enfermo y del moribundo llevándoles esperanzas, consuelos, reconciliación y paz?

¡Oh!, los pasos del buen sacerdote son dirigidos hacia el altar a consagrar a Cristo, al tribunal del perdón para absolver, a las calles y suburbios y a los campos con calor, con lluvia, con frío a llevar a las almas su alimento y su consejo. Frecuentemente, porque los pies del Maestro están cansados de tanto ir tras los pecadores en busca de la oveja perdida. Llena de estos sentimientos, Santa Catalina de Sena besaba de rodillas las huellas de las plantas de los sacerdotes que pasaban ante ella para desempeñar su misión apostólica.

Los labios del sacerdote profieren palabras que no puede pronunciar otro hombre alguno. Cada día rezan en el oficio divino las alabanzas de Dios, interceden por el pecador y a su oído murmuran la palabra de reconciliación. «Vete en paz, tus pecados te son perdonados ». El alma moribunda, mientras va desplomándose entre los brazos de su Creador, oye de esos labios palabras que le aseguran su reconciliación y que puede mirar el rostro de su Hacedor llena de confiada y robusta esperanza... Cada mañana esos labios hacen bajar sobre el altar al Señor de toda la creación: «Este es mi Cuerpo. Esta es mi Sangre »... esa sangre que va pronto a enrojecer esos mismos labios sacerdotales.

¡Labios santos!, los labios del sacerdote cuya misión es santificar, perdonar y consolar; a sus palabras obedece el Dios eterno, la tierra se ilumina y se alegra y se inclinan los cielos.

Los ojos del sacerdote han de estar cerrados para las cosas terrenas, ya que tan a menudo han de fijarse en la belleza arrebatadora de la Hostia santa. Oídos santos del amigo fiel de innumerables almas a las cuales se confían secretos que a nadie más es lícito oír; en los cuales se depositan los pecados, los dolores, las miserias del corazón para aligerar un poco la carga de nuestra penosa peregrinación sobre la tierra.

«Tú eres sacerdote para siempre », es el carácter que lleva impreso el alma de cada sacerdote. San Francisco de Asís solía decir: «Si yo me encontrara con un ángel y un sacerdote, saludaría al sacerdote antes que al Ángel». Y esta concepción no es extraña en el sentido íntimo que encierra a la mente de los buenos cristianos: porque comprenden lo que es el sacerdote, los hombres descubren su cabeza ante éste y en algunos países las mujeres lo saludan con una inclinación, y recuerdo haber visto a los niños de la católica Irlanda, que en señal de reverencia, ya que no llevaban sombrero, se tiraban un mechón de pelo simulando el descubrir su cabeza. Estas señales van dirigidas no al hombre pecador, sino al amigo predilecto de Dios, escogido para una obra santa. «Yo, el gran Dios, te he escogido».

Las antiguas crónicas nos recuerdan que comía San Martín de Tours a la mesa del emperador Máximo, quien estaba acompañado de todos sus dignatarios de la corte. El emperador llenando de vino su copa la presentó al santo, pidiéndole que la llevara al más distinguido de los comensales. Levantóse San Martín y después de pasar junto a los príncipes y nobles del séquito real, fue a poner su copa delante del Capellán, diciendo: «¿Quién es más digno de este honor que el sacerdote de Jesucristo?»

CANALES DE GRACIA

Pero el sacerdote no es sólo el ser más digno por el llamamiento que Cristo le ha hecho; es también el más necesario de los miembros que componen la sociedad cristiana. Y esto es verdad estricta y rigurosa, sin que haya la más mínima exageración en lo que se acaba de afirmar.

Todo hombre ha sido llamado por Dios, nuestro Señor, a la vida divina que se nos comunica en este mundo mediante la gracia santificante que se consume en la plena posesión de Dios en la gloria. Poseer la gracia es poseer a Dios; es el mayor tesoro que puede poseer una criatura. No tener la gracia significa exclusión de Dios, eterno apartamiento de él: es la mayor desgracia que puede acontecer a un hombre, mayor que las enfermedades, pestes, pobreza e infamia.

La gracia en el plan divino que nos ha sido revelado por Cristo no se nos da sino por los sacramentos. Se nos comunica por vez primera mediante el bautismo, cuyo ministro ordinario es el sacerdote; se nos devuelve una vez perdida en el sacramento de la penitencia, y encuentra su más poderoso alimento en los otros sacramentos, sobre todo en el sacramento centro de la vida cristiana: la Eucaristía, que nadie, sino el sacerdote, puede administrar. Estamos bajo el signo de la gracia sacramental: si no hay gracia no hay vida divina, no hay cielo; si no hay sacramentos no hay gracia; si no hay sacerdotes no hay sacramentos. El sacerdote ha sido constituido por Cristo en el centro de la vida cristiana, como el canal indispensable para la dispensación de la gracia.

La teología nos enseña el camino extraordinario para la salvación de los paganos de buena fe, que por ignorancia o error invencible, no pueden participar efectivamente de la vida sacramental: su buena fe total equivale a un bautismo de deseo implícito, a una recepción espiritual de los sacramentos. Pero el cristiano que conociendo el plan de Cristo rechaza al sacerdote rechaza a Cristo, se ve privado de la gracia y del cielo, consecuencia lógica de la revelación de Jesús.

Alimento, abrigo, habitación, salud, civilización... todos éstos son bienes que traen satisfacciones al hombre en su vida de aquí abajo, en su corto, cortísimo paso por este mundo. Pero la gracia es el bien indispensable para alcanzar a Dios, para poseerlo por toda una eternidad. Si no hay gracia de nada sirve vivir y morir en un palacio, dejar cuantiosos millones, haber sido condecorado por todos los gobiernos de la tierra. La ruina será definitiva, eterna. El único ministro ordinario de la gracia, es el sacerdote que administra los sacramentos.

En nuestra árida pampa nortina de miles y miles de kilómetros áridos, no hay una sola brizna de hierba, ni una raquítica maleza... Falta el agua. De repente encuentra el viajero una magnífica ciudad. Antofagasta, Iquique. En sus calles corpulentos árboles, hermosos jardines, hay vida. ¿Cómo ha sido posible llevar la vida a la Pampa? Es que allí llegó el agua... Allá en lo alto de la cordillera hay riquísimos y abundantes manantiales: sólo faltaba captarlos. Se ha llevado una larga y fuerte tubería y el agua arrastrada a centenares de kilómetros, ha transformado los arenales en praderas. Esta realidad trae a la mente un pensamiento análogo en la vida del espíritu.

Hay ciudades y regiones que son tan áridas como nuestra Pampa nortina: falta el agua de la Gracia. Y esa Gracia, sin embargo, brota abundante del riquísimo manantial que es Cristo; ¿por qué no llega entonces a las almas? Porque falta el sacerdote que bautice, que confiese, que dé a Cristo eucarístico, falta el sacerdote que exhorte y predique; falta el canal ordinario de la Gracia. Joven que lees estas líneas: ¿Te imaginas lo que es un inmenso desierto? ¿No querrías transformarlo en hermoso jardín? Si Cristo te besa en la frente y te llama a seguirlo, no titubees... No hay empresa más grande ni más gloriosa, ni más útil que dar vida a las almas, vida divina, la auténtica vida, la eterna. Reflexiónalo bien: el sacerdote es el único canal ordinario de esa vida. Su acción no la puede suplir nadie... por eso su influjo en la vida más cristiana es más hondo y necesario que el de los altos políticos, de los profesores universitarios, de los generales de ejércitos. de los grandes financistas, de los emprendedores industriales... Ninguno de ellos, ni todos ellos juntos nos pueden dar a Cristo: el modesto sacerdote nos da a Cristo, nos da su gracia, nos da el cielo.

¿Te llama Cristo?... ¡Si tu quisieras!... Hay tantas almas sin sacerdotes, tierras sin cultivo. ¡Cómo podría cambiar la faz del mundo si hubiera muchos y santos sacerdotes!

ELECCIÓN DE CARRERA

9. ¡CONSAGRA!!

El sacerdote tiene dos facultades estupendas y sublimes: inverosímiles del todo si no fuera por la fe. Consagra y absuelve.

Él ofrece a Dios lo más precioso que se le puede ofrecer en el cielo y en la tierra: al mismo Dios. Consagra el pan y lo hace Cristo y lo ofrece inmolado en la Hostia a Dios por los pecados de los hombres. No hay en el mundo acto más grande que esa misa que celebra el sacerdote.

La costumbre ha hecho que el Santo Sacrificio no parezca ya una maravilla. Sin embargo fue necesaria larga y penosa preparación antes de ofrecer la primera Misa. Pasaron millares de años de oraciones y deseos antes que se cumpliera la promesa del Redentor; hubo de nacer María y ser embellecida su alma con todas las virtudes, a fin de disponerla para su misión gloriosa. Vinieron después los treinta años de vida oculta, la traición, la mofa y los azotes antes que la inocente víctima cubierta de sangre estuviese dispuesta para el sacrificio.

Pan, vino, un sacerdote... es todo lo que ahora se necesita para que el Señor baje a la tierra en manos de su ministro, para que lo distribuya éste a los fieles mientras los Ángeles a su alrededor honran a su Rey y Señor. «El poder del sacerdote, dice S. Bernardino de Sena, sobrepuja al poder de la Bienaventurada Virgen, pues María dio una sola vez el Hijo de Dios al mundo; el sacerdote puede traerlo cada día».

Llega el momento de la consagración, inclina el sacerdote la cabeza, mientras caen de sus labios las tremendas palabras: «Esto es mi Cuerpo». Con la rapidez de la luz, el Señor de los Ejércitos ha bajado desde su trono; la sustancia del pan ha desaparecido y en sus manos que se ha esmerado en mantener santas e inmaculadas, el sacerdote tiene a su Creador, Redentor y Juez. Un momento más: «Esta es mi Sangre», el Cordero de Dios está sobre el altar, como lo estuvo el Viernes Santo sobre la cruz.

¡Qué abundancia de gracia trae al alma del Sacerdote la consagración de cada mañana! El fruto especialísimo de la tierra es para el celebrante, fruto delicado, fruto del que sólo el sacerdote goza. Sólo por celebrar misa cada día se podía uno hacer sacerdote. Sólo por tomar aquella Hostia santa y ofrecerla todos los días al Padre y luego comerla y luego beber aquel Cáliz bendito, donde se encierra el Bien supremo de cielo y tierra, La sangre pura Que al Hijo amado la Virgen dio.

Los padres del sacerdote han hecho ciertamente un gran sacrificio al separarse de su hijo, al renunciar a su presencia de cada momento y a su ayuda material; pero ¡cuán compensados se sienten al verlo subir sacerdote las gradas del altar.

Los padres cristianos comprenderán, sin duda, la hermosa carta de una madre el día de la primera misa de su hijo, que transcribimos (Doyle, 74) más adelante.

El poder de impetración del Santo Sacrificio de la Misa es inmenso. En la Antigua Alianza nos ha quedado consignado el hecho de la insurrección de los israelitas contra Moisés y Aarón... Huyeron éstos y el Señor dejó oír su voz a Moisés: Apártate al punto de en medio

de esa multitud porque quiero acabar con ellos. Moisés que amaba a su Pueblo, recordó para salvarlo, la honra que el Señor dispensaba a su Sacerdote.

«Toma el incensario, dijo a Aarón, y pon fuego en el altar e incienso sobre él, porque ya ha descendido la ira del Señor y el azote hace estragos (14.700 hombres habían perdido la vida). Y Aarón corriendo al medio de la multitud que iba destruyendo el fuego del cielo, ofreció incienso: y de pie entre los muertos y los vivos oró y cesó el azote».

Si así se compleja el Altísimo en el sacrificio del incienso, ¿qué no estará dispuesto a hacer cuando las manos de los sacerdotes de la nueva Ley le ofrecen a Cristo su Hijo muy amado?

PERDONA...

En forma mas sensible aún si cabe se da cuenta el sacerdote de la misión que ha recibido cuando actúa como ministro del perdón.

«Todo lo que desatareis sobre la tierra será desatado también en los cielos», dijo Jesús a sus primeros sacerdotes. Y los sacerdotes de ahora, lo mismo que los primeros, continúan recibiendo miles y miles de pecadores que se postran a sus pies, pues saben que el sacerdote no es un hombre ordinario, sino «otro Cristo», y con humilde confianza depositan en él los secretos de su alma. Por más triste que haya sido la vida de un hombre, aunque sus pecados sean más numerosos que los días de su vida, aunque esté manchado con crímenes que los hombres jamás perdonarán, el sacerdote tiene el poder y el deseo inmenso de perdonar y purificar esa alma. Y cuando los pecadores no vienen al sacerdote va él a buscarlos: va a la cárcel, a los hospitales, junto al banquillo de los ajusticiados, en los campos va a buscarlos a sus ranchos, en las ciudades llega a la pieza del conventillo, no menos que a los edificios de departamentos del centro. Para el sacerdote todas éstas son almas, almas que hay que salvar y purificar.

Entre el lujo o bajo los harapos hay almas muy sucias, almas muertas a la vida de la gracia: entre ellas y Cristo no hay comunicación alguna de vida. Si la luz de este mundo se apaga, han de precipitarse en el infierno eterno. Pero el sacerdote las puede resucitar. Y a esos pecadores arrepentidos les dice realizando lo que significan las palabras: Yo te absuelvo de tus pecados en el nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo; y esas almas se levantan purificadas.

El Espíritu Santo vuelve a ese hombre, se restaura la gracia y los méritos perdidos por el pecado, y esa alma recobra su filiación divina y sus derechos a la herencia del cielo.

El Maestro y después de los varios santos, han vuelto a la vida cadáveres; pero mayor realidad y de más trascendencia es la que realiza cada día muchas veces el sacerdote al resucitar a tantos muertos a la vida de la gracia, a la vida eterna.

Al terminar unos ejercicios o una misión que han agotado las fuerzas físicas del sacerdote siente éste renovadas sus fuerzas morales al contemplar el bien que ha hecho: todos sus oyentes. Ochenta o cien jóvenes; a veces mil o más trabajadores de los campos, están

rodeándolo. Son almas en gracia. Están limpias y puras. Si la muerte las busca las encontrará preparadas y con toda verdad, puede el decir: «para esta obra de regeneración tú me has escogido a mí, indigno siervo tuyo. Si yo no hubiera venido, ¡cuántos de ellos no habrían recibido el perdón, habrían tal vez muerto en desgracia de Dios!» Y los fieles también lo sienten. A veces, en forma emocionada, le manifiestan al sacerdote: Padre: ¡me siento como nuevo! Parece que estuviera recién bautizado. Una honda alegría llena mi ser; y me encuentro con nuevas fuerzas para la lucha.

Un sacerdote que tiene ministerio de almas fácilmente puede ejercitar unas ocho a diez mil veces cada año su ministerio de absolución. No siempre recae sobre almas muertas a la gracia, sino sobre almas puras a las cuales fortifica y alienta; pero ¡qué consolador resulta para un sacerdote al ver que pasan los años, mirar atrás y recordar lo que el Señor ha hecho por su medio! Ha cumplido cincuenta años de sacerdocio. Quizás medio millón de veces ha ejercido el poder de Cristo: «Todo le que desatares sobre la tierra será desatado en el cielo».

ELECCIÓN DE CARRERA

10. LO MEJOR DE LA TIERRA

El sacerdote es lo mejor que tenemos en la tierra.

El Padre Vilariño lo afirma sin temor.

Nuestros sacerdotes son más que nuestros padres: son, en cierta manera, nuestros Jesucristos dejados por Dios en su lugar para que lo que Él hubiera hecho, si hubiera vivido en la tierra, lo haga durante su ausencia en su nombre, el sacerdote.

¿Qué sería de nosotros sin sacerdotes? Algo parecido a lo que sería de nosotros sin Jesucristo, ya que si bien Jesús nos redimió, su sangre se aplica a nosotros de ordinario, por medio de los sacerdotes. Él nos predica la buena nueva, él nos muestra el camino del cielo.

Si en un país se exterminara el sacerdocio, se vería la falta que hace. Entonces entenderíamos el gran beneficio que nos hizo Dios con instituirlo. ¿Qué sería de la vida moral y religiosa de los pueblos sin el sacerdote? ¿Qué adelantos lograríamos por el camino del bien sin su apoyo? ¿Quién bendice y consuela nuestros pasos en toda la vida? Desde la cuna y desde los primeros vagidos que el bendice con el agua del bautismo, hasta la sepultura y el rumor de la tierra bendita que cae sobre nuestro ataúd, mezclado con el último rezo funerario, aparece en nuestra casa y persevera a nuestro lado el sacerdote. Él es nuestro amigo y nuestro padre y nuestro apoyo en la vida moral y, en gran parte, también en la vida material.

Los pobres, sobre todo, necesitan del sacerdote: sin Él quedan huérfanos y desamparados. El pobre no tiene tutor ni defensor más verdadero de sus derechos que el sacerdote. El

rico tiene muchas puertas que se le abren, muchos fuertes que le ofrecen apoyo, muchas minas que le brindan tesoros, padres y madres, tíos y primos, parientes y amigos...

El pobre no tiene, de ordinario, apoyo, ni parientes, ni protectores... todos le huyen; todos se le escapan, ninguno lo conoce. Pero tiene siempre un sacerdote que está pronto a acudir a su lado. Si tiene hijos se los bautiza, si cae enfermo lo visita, si no sabe la predica; para él, lo mismo que para el rico, estudia teología, prepara consejos, abre el confesionario, reparte la Comunión, explica el catecismo, predica el sermón..., en fin, el cura es el amigo, el defensor, el padre del pobre que quiere acudir a él o admitirlo en su casa.

Y si bien con frecuencia no puede hacerle muchas caridades, porque el sacerdote muchas veces es el más pobre y el más necesitado, ya saben los indigentes que están siempre dispuesto a partir el pan que tenga por escaso que sea.

Y tras los pobres de cuerpo vienen los pobres de espíritu, que tienen absoluta necesidad del sacerdote en muchas ocasiones de la vida. Hay trances apurados para el corazón humano, hay problemas muy complicados en la conciencia, hay momentos de crisis cuando la noche de la duda se extiende sobre las inteligencias, cuando la tempestad de la tribulación despedaza los corazones, cuando la agonía de la desesperación infunde vértigo al espíritu... Entonces no hay amigo que valga, no hay consejero que alumbré, no hay padre que salve, si no es el sacerdote. Los sacerdotes podemos ver qué cosecha de lágrimas se recoge a cambio de un poco de consuelo y de consejo. Padres, madres, hijos, hijas, huérfanos, desamparados, enfermos, arruinados, obreros sin trabajo, pobres sin pan, desamparados sin compañía, son el acompañamiento asiduo del sacerdote que no se niega a su oficio. Bienaventurados los misericordiosos. Feliz aquél que tiene corazón y se considera bienaventurado con el oficio de secar lágrimas en este mundo. Uno de ellos fue el Padre Adolfo Petit S.J. Al fin de su larga vida sus amigos se reunieron en torno suyo a celebrar sus 50 años de sacerdocio; encomiaron su labor, agradecieron sus servicios. Emocionado, el festejado se levanta para contestar a los discursos. Sus palabras fueron un himno de acción de gracias al Creador:

«Hace cincuenta años que oí a un Obispo decirme en nombre del Señor: Eres sacerdote por la eternidad».

«Cincuenta años hace que cada día, en unión de las augustas personas de la Santísima Trinidad, ejecuto para la salvación del mundo el sublime misterio de la transubstanciación».

«Hace cincuenta años que, revestido de un divino poder, reemplazo al Hijo de Dios para con los hombres, para cerrarles el infierno, y abrirles el cielo».

«Hace cincuenta años que soy sucesor de los Apóstoles, encargado de esparcir por el mundo la semilla de la divina palabra».

«Hace cincuenta años que soy, por vocación, el sostén de las viudas, de los huérfanos, el consolador de los afligidos, el amigo de los pobres, el médico espiritual de los enfermos, el abogado de todos los que andan con dimes y diretes con la justicia de Dios».

«Hace cincuenta años que, conducido visiblemente por la dulce mano de la Providencia, me veo yo hombre de nada, convertido en el iniciador, el sostén, el alma de muchas obras cristianas».

SU LABOR HUMANA

La historia medioeval nos recuerda la influencia profunda que ejercieron los monjes de occidente en la civilización de Europa.

El monje benedictino era el que avanzaba por todos los campos estériles y vírgenes de cultura material y moral. Roturaba las tierras de labor y las inteligencias de los pueblos bárbaros. El monje, con su labor constante, civilizó media Europa, y con sus ejemplos e instrucciones hizo que se civilizase la otra media.

Donde no llegaba la acción del monje, o al menos sus ecos, el campo permanecía inculto, la civilización a oscuras, el pueblo bárbaro y salvaje.

Algo de eso pasa hoy en medio de nuestras cultas ciudades. La civilización materialista no engrandece los pueblos, no trae el bienestar, sino que desencadena odios, envidias, neurosis, locuras. Para prueba basta esta guerra... La cultura y civilización verdadera sólo la de la civilización cristiana, y la civilización cristiana está en razón directa del sacerdote.

Los estadistas de grandes países actualmente en conflicto, a planear la época de la posguerra, repiten concordes la idea de Pío XII: Si no queremos que a la guerra suceda una breve tregua para una guerra más feroz y deseamos una paz duradera y justa, tenemos que incorporar al nuevo orden los principios básicos del cristianismo. Y el cristianismo requiere sacerdotes.

La influencia del sacerdote en la ciencia, en el arte, en todo lo que es grande en la ciudad humana, es imposible de decirse en breves palabras. Sólo la apreciaríamos cuando de las bibliotecas se retirasen todas las obras que ellos han escrito, cuando de los laboratorios y gabinetes desaparecieran todos los inventos que han preparado, cuando de los museos sustrajéramos todas las obras de arte que han inspirado. ¿Qué subsistiría de los grandes valores espirituales que son el orgullo de la humanidad si suprimiéramos la influencia del sacerdote?

En nuestra patria, nuestra civilización, nuestra cultura, nuestra independencia, todo está mezclado con el nombre de figuras sacerdotales. Los mejores historiadores de Chile son sacerdotes. Ellos han formado grandes gobernantes y continúan formando en sus colegios valores que son una esperanza para la Patria.

En política, el sacerdote no actúa directamente. Le está prohibida la lucha partidista. Pero su influencia en la vida ciudadana es inmensa y decisiva: ellos forman la conciencia de los fieles en los grandes principios de la religión y del derecho. Ellos les dan una actitud social, que no es otra que la del Evangelio. Ellos, a través de sus enseñanzas, han sido, son y serán, los más auténticos precursores de toda legítima reforma social.

Las grandes organizaciones obreras, que son orgullo de grandes naciones europeas, han sido fundadas y sostenidas por la acción del sacerdote. Todo movimiento ideológico serio que pretenda tener duración presupone, como primera

base, una sólida formación de conciencia, y es el sacerdote quien consagra como nadie su vida a transmitir estos principios orientadores.

Un ejemplo convincente de la influencia social del sacerdote la dio el episcopado y clero alemán, en su valiente lucha contra el Canciller de hierro. No temieron renunciar a las comodidades temporales. A la dotación de sus iglesias, y se resignaron a vivir de limosnas, para poder libremente defender los principios. Al frente de sus campesinos y de sus obreros, en los círculos, en la prensa y en la calle, hallaron, escribieron y orientaron las mentes en contra de la tiranía opresora y en favor de una auténtica libertad religiosa.

Aun por un motivo de carácter eminentemente social y patriótico, todo buen ciudadano debería estar profundamente interesado en que la Iglesia de su patria tuviera muchos santos y sabios sacerdotes. Ellos son el mejor ornamento de una nación y la más segura garantía de un progreso valiente y justo en el porvenir.

ELECCIÓN DE CARRERA

11. APÓSTOL

Salvar a un semejante es un acto que todos los diarios encomian, los gobiernos premian y aun condecoran al interesado. Pero, ¿quién piensa en condecorar al modesto sacerdote que consagra su vida integra a la salvación de sus hermanos los hombres?

El Padre Guillermo Doyle S.I., nos narra un hecho de alto valor simbólico, ocurrido en Irlanda. En un asilo de niños estalló un voraz incendio y se extendió con tal rapidez que, en pocos minutos, todo el edificio estaba en llamas. Los asilados tuvieron apenas tiempo para salvar sus vidas y se notó un suspiro de alivio al saberse la noticia que habían escapado sin novedad. Mas, de repente, un grito de horror se levantó de la multitud, y todas las miradas se volvieron a una ventana de la parte más alta, donde una pobre criatura de unos diez años, con la palidez en el semblante y el espanto en sus ojos, se veía empeñada en romper en vano los barrotes de hierro que la aprisionaban. Partía el alma ver cómo extendía sus brazos y, con desesperados sollozos, pedía auxilio, mientras las llamas crecían con vertiginosa rapidez y amenazaban envolverlo de un momento a otro.

Hombres esforzados se lanzaron hacia el sitio con el intento de salvar a la criatura; pero fueron detenidos por otros que sabían que era loca temeridad penetrar en el edificio. Las escalas estaban ardiendo y, de un momento a otro, podía derrumbarse el techo. Pasa un momento y un bombero se lanza como flecha dentro del edificio, precisamente al medio de las rugientes llamas. Silencio de muerte cae sobre la multitud; hasta los hombres más fuertes palidecen, pues nadie espera volver a ver a ese hombre. Mas, de pronto, estalla un aplauso ensordecedor. En lo alto del edificio está el bombero con el niño entre sus brazos. Aplicase rápidamente la escalera y el niño, con su libertador, llegan en medio de sus amigos, mientras el techo se derrumba con fragoroso estruendo. Fue un acto heroico... Todos manifestaron su admiración a este héroe. Sin embargo,

después de todo, ¿qué es lo que había hecho? Había salvado a un niño, había dado a este muchachito unos cuantos años más de vida.

Pero salvar un alma, ¡cuánto más vale! Es tanto como rescatar a una pobre criatura de los dolores del infierno, que nunca acaban, y darle la eterna dicha del cielo. ¡Qué comparación entre ambas acciones! Si es una acción noble librar una vida de un dolor humano, ¡qué será librarla de la miseria sin fin!

Honda será la alegría que experimentaremos en el momento de la muerte si podemos decir: He contribuido con todas mis fuerzas a salvar un alma, que espero encontrar en el cielo. ¡Qué tranquilidad sentirá al presentarse ante Cristo, su Juez le pedirá cuenta de las gracias recibidas y podrá decir a Jesús: no enterré los talentos recibidos, los he hecho fructificar a la medida de mis fuerzas y con la ayuda de tu gracia.

Un sacerdote celoso, consagrado a las almas, realiza una labor salvadora que nadie puede calcular. Son varios miles de personas las que reciben la influencia espiritual de cada sacerdote a quien Dios concede el término medio de vida humana. Los niños por él bautizados, moribundos asistidos espiritualmente, pecadores convertidos, adolescentes y jóvenes instruidos... ¿cuántos son?

La historia nos recuerda los nombres de algunos grandes conquistadores de pueblos. San Francisco Javier es uno de esos modelos más atrayentes: Lleno un tiempo de ideales humanos vivió entregado en su juventud a un ambiente de fiestas sociales y alimentando en su alma la ambición del honor: quería ocupar un puesto de prestigio en la más célebre universidad, la de París. Allí oyó la voz de Dios y su grito, en adelante, es «almas, almas». En los hospitales de Europa, en las barriadas pobres, predica a Cristo, luego en la corte de Lisboa. Enviado a la India, en medio de dolores sin cuento y de sacrificios imponderables, bautiza por su mano a muchos indígenas, y lleva el nombre de Cristo a puntos muy distantes del centro de sus operaciones. De día predica, enseña, atiende a los enfermos, y en la noche, cansado de sus labores, prolonga la oración a los pies de Cristo: con frecuencia el sueño lo derriba al pie del altar y ahí, como el perro fiel a los pies de su amo, toma un corto descanso.

Sembrada la fe en la India, ambiciona dar a conocer a Cristo en el Japón: aprende el japonés, traduce el evangelio de San Mateo a esa lengua, lo aprende de memoria y durante muchos años predica en este país, que ofrece extrema resistencia a la nueva fe. Deja unos cristianos, grupo reducido, pero robusto espiritualmente, que había de soportar las más duras persecuciones. Ellos y sus descendientes debieron pagar con varios miles de mártires el derecho de ser cristianos. La China no ha oído la doctrina de Cristo. El alma ardiente de Javier no puede soportarlo y se prepara para el viaje. Nadie quiere llevarlo, pues quien lo intentara pagaría con su vida la aventura. Logra, con grandes dificultades, ser transportado hasta la isla de Sanchón, frente a la China. Es aún joven, 46 años tiene apenas. Ha evangelizado en Francia, Italia, Portugal, la India, el Japón... quiere penetrar en China, pero Dios está contento de su obra. Ahí cae gravemente enfermo. Está casi solo; no tiene otro compañero que un criado. Su equipaje es muy pobre: algunos libros, alguna ropa, un rollo de mapas de los viajes que ha hecho y de los que espera hacer por Cristo. Ahí yacen enrollados esos mapas, sus débiles manos estrechan un crucifijo, sus labios murmuran sin cesar el nombre de Jesús, Jesús, y mirando la China, que quiere ganar para

Cristo, arrullado por el ruido de las olas, entrega a Cristo esa gran alma, Javier, el misionero de alma ardiente.

¡Señor, si hubiera hoy muchos Javier!

Más cercano a nosotros, Pedro Claver consagró muchos años al cuidado de los infelices negros que eran traídos como esclavos a Colombia. La vida de estos pobres seres era horrorosa: venían en barcos, hacinados los unos sobre los otros, mal alimentados, víctimas de mil enfermedades: lo normal era que una tercera parte de los esclavos muriera durante el viaje. Pero, en ese cuerpo negro, hay un alma inmortal redimida por Jesucristo, y Claver ama esas almas y, para salvarlas, cura los cuerpos asquerosos, con frecuencia corroídos por la lepra; adoctrina con paciencia sus mentes y tiene el consuelo de bautizar muchos miles de negros cuyas almas, purificadas por la gracia, gozan de la visión eterna de Dios. Las fuerzas, con frecuencia no abandonan, pues el trabajo es agotador. En una ocasión en que enfermo el mismo Claver no podía moverse, se hace subir a un caballo y atar a él para poder así recorrer sus enfermos. Llorado por todos, amado de Dios y venerado de los hombres, murió el Apóstol de los negros.

En nuestros días más cercanos, incluso en el momento en que escribimos estas líneas, tenemos la certeza que el espíritu de Cristo, que se manifestó en Javier y en Claver, sigue vivo en muchos otros. Constantino Lievens S.I., en cortos años, bautizó millares de indígenas en el Chota Nagpore, donde plantó una ferviente cristiandad, que pocos años después de su muerte, con el trabajo de otros misioneros, contaba con cristianos.

Las guerras crueles que han ensangrentado Europa estos años, han visto desplegarse el celo incansable de miles de sacerdotes, muchos de los cuales dieron su vida en su labor apostólica. Guillermo Doyle vivió años en las trincheras dando ánimo a los soldados, celebrándoles la santa Misa en las mismas líneas de fuego, enterrando a los muertos y alegrando a los vivos. Uno de sus soldados ha quedado herido en un asalto fuera de las trincheras. No importa que su vida peligre. Guillermo Doyle sale fuera desafiando las balas para absolver, mientras un obús destroza su cuerpo consagrado al servicio de Cristo.

Luis Lenoir, que siempre llevaba el Santísimo en un copón de cuero sobre su pecho para fortalecer a sus soldados antes de la batalla, ve a uno de los suyos herido en lo alto de un monte, se arrastra hasta él con los socorros del cuerpo y los del alma, entregando generosamente su vida por salvar su alma.

Un Obispo rechaza el último salvavidas que se le ofrece al hundirse el buque y se lo entrega a un joven, diciéndole:

«Salva tu alma y tu cuerpo, que yo puedo comparecer tranquilo delante de Dios».

En la horrible guerra actual, un capellán norteamericano repite el mismo gesto. Capellanes hay que acompañan a sus soldados a todas partes, incluso hasta a los paracaidistas en sus aterrizajes. No hay menor valor en el sacerdote por rescatar las almas, que en los soldados por apoderarse de la tierra.

El celo de las almas es tal vez el estímulo más frecuente, la pasión más ardiente del sacerdote. «Dame almas y quítame todo lo demás», decía San Juan Bosco. El santo Cura de Ars, por salvar las almas, vivía en un permanente ayuno y en la crucifixión de un encierro casi continuo en su confesionario oyendo los miles de penitentes que cada año se presentaban a pedirle el perdón de sus culpas y una orientación para su vida.

De la labor apostólica del sacerdote algo se trasluce exteriormente; pero la mayor parte de ella queda oculta a los ojos de los demás e incluso a los de él mismo. Su oración de cada momento tiene una finalidad apostólica, la Misa de cada mañana la ofrece por la salvación de las almas, y al Corazón de Cristo, que es todo amor, pide continuamente perdón y misericordia para las almas por las cuales El mismo murió.

LA MIES DE ALMAS

Recorría Jesús los campos de su Patria y, al ver las mieses ya maduras, pensaba en los campos de esa otra, su Patria más vasta, el mundo en que amarilleaba y sigue amarilleando una mies abundante y madura para la cosecha.

«La mies es mucha y los operarios pocos, rogad al Señor de la mies que envíe operarios a su mies...»

«Enviadme medio millón de sacerdotes —escribe un misionero jesuita de la India— y prometo hallarles al punto trabajo abundante».

Gratísimos recuerdos de mis años de formación sacerdotal constituyen el paso por nuestros teologados de Barriá y Lovaina de misioneros venidos de la India, de la China, del Japón, del Congo, de las islas Carolinas en busca de nuevos refuerzos... ¡La mies es tanta allá y los operarios somos tan pocos! El corazón de esos centenares de estudiantes de filosofía y teología se conmovía profundamente al paso de cada uno de esos misioneros y muchas cartas salían a sus Provinciales pidiéndoles la gracia de partir a misiones. En un momento nuestro Padre General, haciéndose eco de una petición del Santo Padre, pidió a todas las Provincias jesuitas voluntarios que quisieran prepararse para ir a Rusia y fue en verdad una lluvia de peticiones para ese heroico apostolado, la respuesta a la petición del Santo Padre. Gracias a Dios el espíritu de apostolado no está muerto. En nuestros días hay en el mundo cerca de mil millones de paganos.

Colocados uno al lado del otro, codo a codo formarían una línea de cuatrocientas mil millas de longitud, o sea podrían rodear diecisiete veces la tierra. Si pasaran por un punto determinado en fila de a uno en fondo, uno cada segundo, sin cesar, día ni noche, tardarían treinta y un años y medio antes que terminara de pasar el último individuo de los que ni siquiera conocen a Cristo.

¡Cuatrocientas mil millas de paganos!, cada uno de ellos amado de Dios, destinado al cielo y ahora lejos de él... ¡Oh, si hubiera sacerdotes!...

«Lo que Cristo hizo y padeció —dice el P. Grou— querría haberlo pasado por la salvación de una sola alma. La salvación de un alma sola representa, pues, el precio de la sangre

de Dios; el precio de la muerte de Dios, el precio del mayor sacrificio que Cristo pudo hacer, lo que prueba que el valor de un alma sobrepasa todo entendimiento».

Al celebrarse el décimonono centenario de la Redención, alguien que entendía lo que significa el valor de un hombre, desahoga así su alma con Cristo:

Con mi frente reclinada en tu costado,
con la mente y las miradas recogidas,
con los labios en la hiel de tus heridas,
con dolor y con amor casi infinito,
Dueño mío, mi JESUS Crucificado,
Yo medito,
yo medito en un misterio tan profundo,
que sorprende y martiriza y anonada
a las almas que te quieren en el mundo:
Si hace diecinueve siglos que viniste,
y con tu vida y doctrina,
el camino nos abriste
para una dicha divina...
Si hace diecinueve siglos
te ofreciste
como Manjar, como Amigo,
para que en el mundo triste
los hombres vivan contigo...
Si hace diecinueve siglos
que moriste,
y a los hombres redimiste,
ia todos, Dueño querido,
con tu Cruz, con tu agonía!
¿por qué, por qué todavía
quedan más de mil millones
entre sombras y aflicciones,
que ni siquiera han oído
que viniste?
¡Gran misterio, CRISTO Santo!
Tu respuesta
yo demando humildemente,
con mi frente
agobiada de dolor, sobre tu pecho...
y JESÚS me respondía:
"Hijo mío,
para que esas pobres almas me conozcan,
me adoren y me quieran,
¿tú, qué has hecho?"...

Joven, escucha tú también esa queja del Maestro: Para que esas pobres almas me conozcan, me adoren y me quieran, ¿TÚ, QUE HAS HECHO?.

ELECCIÓN DE CARRERA

12. AMARILLEAN LOS CAMPOS DE AMERICA

En ninguna parte del mundo, si exceptuamos los países de misión, cobra tanto sentido la palabra del Maestro: «La mies es mucha y los operarios pocos», como en América del Sur. 130.000.000 de habitantes y apenas 15.000 sacerdotes para atender esa inmensa, población repartida en territorios enormes, donde las parroquias llegan a veces a alcanzar las dimensiones de algunos países de Europa. Toda esta población declara su adhesión a la Iglesia, tiene el alma católica y quisiera vivir y morir en la Religión de Jesucristo, pero tiene una escasa formación y cultura cristiana. En Inglaterra hay un sacerdote por cada 400 católicos.. En Estados Unidos, uno por cada 630; en España, uno por cada 640; en América del Sur, uno por cada 9.000 habitantes.

¿Cómo va a poder existir un cultivo espiritual serio, una fe profunda y racional como la exige la Iglesia? ¿Cómo va a existir moralidad en el pueblo, cultura, educación familiar y social si el llamado por Dios a impartir la educación sobrenatural y a elevar los valores morales, no puede ejercer su ministerio por lo dilatado del campo? Es natural que en estas circunstancias hasta las nociones más fundamentales del cristianismo se vayan perdiendo sobre todo entre las masas obreras, las que menos contacto pueden tener con la Iglesia, por sus ocupaciones y por los prejuicios que han estado sembrando en ellas los quintacolumnistas de la verdad. Bolivia, para todo su inmenso territorio de 1.300.000 km², tiene apenas unos 400 sacerdotes; Paraguay, tiene unos 90.

Refiriéndose a nuestra Patria, el Episcopado chileno en carta colectiva de noviembre de 1939, hace saber a los fieles la realidad religiosa de nuestra Patria y su relación con el problema sacerdotal.

Dicen así nuestros Obispos:

«La población de Chile asciende a 4.600.000 habitantes. El número de sacerdotes es de 780 del clero secular y de 835 religiosos; en total, 1.615, lo que da un sacerdote para cerca de 3.000 almas. En toda la República hay sólo 451 parroquias, lo que da un término medio de 10.000 fieles por parroquia. Si un párroco no puede atender a más de 1.000 feligreses, bien podremos decir cuán deficiente, y podemos decir casi nula, es la atención espiritual que pueden tener los otros 9.000 fieles restantes. En términos más exactos e impresionantes, podemos decir: que en Chile hay más de cuatro millones de fieles que están casi al margen de una debida acción pastoral de la parroquia. Y debemos notar que hay parroquias que pasan en mucho de los 10.000 fieles, y llegan algunas a tener hasta 40.000. Tómese en cuenta, además, que son muchas las parroquias que, por falta de sacerdotes, se encuentran actualmente vacantes, y considérese también, las condiciones de la mayoría de nuestras diócesis, cuyas parroquias son de extensión inmensa, cuya población diseminada y con difíciles medios de comunicación, y podrá medirse entonces en toda su realidad, el estado de abandono de las almas».

Quiénes acaban de hablar son todos los Obispos de Chile, en un documento colectivo dirigido a todos los fieles. Claman angustiados: Para cinco millones de almas apenas hay 1.615 sacerdotes; 4.000.000 de almas al margen de la debida influencia pastoral. ¿Puede darse hecho más desgarrador y de mayores consecuencias para las almas, para la Iglesia y para la Patria?

¿Cómo podrán creer en Cristo nuestros hermanos si no hay quién les predique al Maestro? La fe por la predicación, nos la enseña San Pablo. Si analizamos, aunque sea a grandes rasgos, la situación creada en Chile por la escasez sacerdotal, veremos mejor su honda repercusión espiritual y patriótica.

Niños en edad escolar hay en Chile unos 900.000. Ahora bien, los datos que poseemos nos permiten apreciar que apenas unos 100.000 en las escuelas católicas y unos 130.000 en las escuelas del Gobierno reciben una instrucción religiosa regular. En otras escuelas la buena voluntad de algunos maestros se hace sentir sin duda alguna, y no menos en muchos hogares cristianos se transmite una enseñanza religiosa fundamental, por lo menos el aprendizaje de las oraciones más conocidas; pero sin pretender precisiones matemáticas, podemos afirmar que varios cientos de miles de niños quedan en Chile sin recibir instrucción religiosa seria, y muchas absolutamente, ninguna. ¡Cuántos hermanos nuestros que ignoran incluso el nombre de Dios y el de Cristo, que van a transcurrir su vida sin recibir jamás a Jesús en sus almas!

Cerca de 30.000 niños se educan en los liceos fiscales de Chile. De éstos, aquellos cuya familia lo desea tendrán, durante el primer ciclo de su enseñanza secundaria, una hora de religión por semana. Estos niños, futuros dirigentes de Chile, crecerán desconociendo totalmente a Cristo, habiendo oído muchos de ellos palabras demoledoras de su conciencia religiosa escudadas con el nombre de «ciencia». En nuestras universidades se encuentra multitud de alumnos de gran valor intelectual, pero cuyos conocimientos religiosos no sobrepasan el nivel de la escuela primaria, y lo que es más grave, estas ideas están mezcladas con las más absurdas leyendas.

Nuestros obreros, tienen un fondo cristiano, como lo prueba el bautizo de los niños en un porcentaje superior al 90%, su asistencia a las misiones y procesiones su concurso en las grandes festividades religiosas como el Congreso Eucarístico y Congreso Mariano, y están adornados por virtudes típicamente cristianas; sobre todo demuestran una caridad inagotable, una solidaridad en el dolor y un sencillo sentido de piedad en sus relaciones con su Padre Dios. Es impresionante ver a nuestros campesinos cómo acuden a las misiones; pero lo es más, ver a nuestros mineros del Norte ir en procesión a ver a su Virgen de Andacollo. Con sencillez danzan ante su imagen y le presentan sus peticiones o sus quejas por los dolores del año. En algunas poblaciones mineras donde no hay sacerdote se juntan los obreros junto al lecho del moribundo y a media lengua le rezan el Credo o el Padrenuestro «para ayudarlo a morir». Los sindicatos acompañan a su compañero al campo santo con sus banderas rojas, pero quieren que el muerto pase a despedirse del Señor en el templo. El alma católica de nuestro pueblo está allí, pero falta formación, cultivo sobrenatural, y para ello faltan sacerdotes.

No nos referiremos en particular sino a una región de nuestra Patria, la Pampa. Los celosos sacerdotes que la evangelizan tienen regiones inmensas a su cargo, y de condiciones

sumamente difíciles. En algunas de ellas el termómetro llega a marcar 35° durante el día y 6 bajo cero en la noche. En cada quebrada de la cordillera se encuentran aldehuelas, cada una de ellas con su capilla rodeada de numerosas familias. Todos los años va el misionero recorriendo esos lugares apartados, muchas veces sin otro medio de locomoción que el que usaba San Francisco. Uno de estos párrocos necesitaba andar cinco días a caballo para llegar al último de sus pueblecitos.

Esta pobre gente privada de sacerdotes se va adhiriendo al protestantismo. ¡Cómo es verdad que tenemos en Chile tierras de misión aisladas de todo socorro! ¡Cuántos jóvenes que sueñan con grandes ideales ignoran que tenemos en Chile el más bello campo de apostolado, las más nobles empresas que jamás pudieron soñar!

Hay en nuestra Patria parroquias tan grandes como todo un departamento, con muchos miles de habitantes, hasta 40.000, algunas. Las poblaciones que debe atender un solo párroco distan a veces más de cien kilómetros; ¿cómo va a poder enseñar religión a esos niños, confesar esos moribundos, formar una conciencia cristiana?

De nuestros grandes centros mineros hay varios que no tienen párroco, otros un solo sacerdote que no puede bastar para tanta labor.

Organizaciones sociales como hay en el extranjero para nuestros obreros o, no pueden tener el desarrollo normal o no existen en Chile, no porque la Iglesia no las desee, sino porque no hay sacerdotes en número suficiente para crearlas. Al pensar en la obra fantástica de la J.O.C. belga que agrupaba en ese pequeño país, más de 100.000 jóvenes asalariados; el Boeren Bond, que agrupaba 128.000 familias de campesinos; la Liga de Trabajadores Cristianos, que tenía más de 300.000 sindicatos, recuerda uno también la fuerza de orientación, organización e inspiración espiritual continua que daban a esas obras los varios centenares de sacerdotes consagrados a esas labores.

Por el momento, el porvenir religioso de nuestra Patria en materia sacerdotal se presenta muy oscuro. Durante los últimos diez años nuestro clero secular ha tenido un promedio de 24 muertes por año y apenas 14 ordenaciones; por tanto, un déficit de 10 sacerdotes por año. Para el futuro inmediato, estudiando los datos del número de seminaristas actualmente en los seminarios, la proporción se mantiene más o menos la misma que en los años anteriores, lo cual irá acarreando una disminución en lugar de aumento de vocaciones. En el clero regular, en general, se puede decir que no hay tampoco aumento de vocaciones.

Por otra parte, las obras católicas requieren cada día más sacerdotes por su mayor especialización. Se necesita Asesores para la Acción Católica, para la acción social, para la formación de dirigentes obreros, para una penetración católica en las universidades, en los liceos, para subdividir las inmensas parroquias, para la educación cristiana de la juventud.

Ha llegado el momento que nuestros queridos jóvenes católicos que aman a Cristo y aman su Patria se planteen seriamente el problema personal. ¿Qué puedo hacer yo por Cristo?

¿Qué puedo hacer por mejorar esta tierra que me vio nacer y que yo deseo ver cada día más próspera y para ello más cristiana?

Este problema se lo han planteado ya nuestros jóvenes amigos de la Acción Católica Argentina, y en 10 años le han dado a la Iglesia más de 600 candidatos al sacerdocio; en Alemania, antes de la guerra, el próspero movimiento de la Nueva Alemania, en 15 años dio más de 2.000 vocaciones de excelentes jóvenes; los alumnos católicos del Politécnico de París, el más prestigioso establecimiento superior de Francia, ha dado más de un centenar de vocaciones estos últimos años. En Estados Unidos hay 23.579 seminaristas (3.114 más que el año anterior); en Indochina, 2.600 seminaristas indígenas; en China, 6.727 seminaristas. En España, apenas apaciguado el país, se vio acudir a la mejor juventud que se disputaba el honor de ocupar los puestos de los miles de sacerdotes mártires de la persecución roja. Hace poco, el Consejo Superior de la Acción Católica Juvenil Española daba la consoladora noticia que mil de sus miembros habían ingresado a los seminarios y noviciados, y el número 1.000 había sido llenado por el propio presidente, que quiso tener el honor de completar con su persona esa cifra de una juventud que se entrega de veras a Cristo.

Tenemos la viva esperanza que en Chile el ambiente más y más espiritual que va creando la Acción Católica, la vida sobrenatural que va despertando en sus miembros, el sentido de responsabilidad que aviva en ellos, la comprensión mas exacta del dogma de la Comunión de los Santos, y una noticia más precisa de lo que constituye la vocación sacerdotal han de contribuir a que nuestra mejor juventud comprenda el honor que significa SER SACERDOTE DE CRISTO y se prepare para serlo.

ELECCIÓN DE CARRERA

13. EN QUÉ CONSISTE LA VOCACION AL SACERDOCIO

— *«Maestro bueno, ¿qué haré para salvarme?»* , fue la ansiosa pregunta de un joven, rico, de influencia entre los suyos, y que había vivido puro hasta entonces.

— *«Guarda los mandamientos:»* , fue la divina respuesta.

— *«Todos los he guardado desde mi mocedad; mas, dime, Maestro bueno, ¿qué más me queda por hacer?»*

Lanzó Jesús una amorosa mirada sobre ese joven puro.

— *«Si quieres ser perfecto, ve, vende lo que tienes, dalo a los pobres, ven y sígueme»* .

Siguióse un momento de angustia: la naturaleza y la gracia lucharon por el predominio ante aquella invitación del Maestro que lo encauzaba por el camino de los perfectos. Duda,

vacila y, al fin, prevaleciendo el amor de sus grandes riquezas sobre las aspiraciones de su alma, se apartó del Señor. He aquí una vocación ofrecida y una vocación rehusada.

En cambio, encontró Jesús junto al lago a Simón y a su hermano Andrés y les dijo: «Venid y seguidme y os haré pescadores de hombres», y ellos, los pobres pescadores, dejadas todas sus cosas, lo siguieron al punto. He aquí vocaciones ofrecidas y vocaciones aceptadas.

Después de estos llamamientos miles y miles se han sucedido. De los llamados, unos han acudido a la voz del Maestro, otros han cerrado sus oídos, o han vuelto la cabeza apenas les parecía que el Señor fijaba sus ojos en ellos.

¿Cómo se manifiesta esta elección personal? Algunos han creído erróneamente que no podía haber vocación al sacerdocio sin una moción sensible del Espíritu Santo, sin un llamamiento tan evidente como el que sintió Luis Gonzaga o Estanislao de Koska. Otros también han creído que se requiere un gusto natural por la vida y ministerios del sacerdote.

La doctrina oficial de la Iglesia es bien diferente: S. S. Pío XI, en un documento solemne sobre el sacerdocio dirigido a los católicos de todo el mundo, dice:

«La vocación se revela más que en un sentimiento del corazón, o en un sensible atractivo que a veces puede faltar, en la recta intención de quien aspira al sacerdocio unida a aquel conjunto de dotes físicas, intelectuales y morales que lo hacen idóneo para tal estado. Quien se dirige al sacerdocio únicamente por el noble motivo de consagrarse al servicio de Dios y a la salvación de las almas, y juntamente, o a lo menos con el fin de alcanzar seriamente una sólida piedad, una pureza de vida a toda prueba, una ciencia suficiente, éste muestra que ha sido llamado por Dios al estado sacerdotal».

El documento es bien preciso. El Sumo Pontífice, con su autoridad de Maestro supremo, enseña que no se necesita atractivo sensible, ni un sentimiento del corazón, sino cualidades y recta intención. Esto es, querer y poder.

¿Qué cualidades son éstas? Las que va a necesitar para la vida nueva que pretende seguir: aptitudes intelectuales, el talento suficiente para los estudios que son necesarios para el sacerdocio; aptitudes físicas, salud suficiente para llevar la vida que va a abrazar, que no exige fuerzas extraordinarias, pero sí un equilibrio de facultades, una salud mental y nerviosa, la ausencia de taras neuróticas; independencia económica, de modo que no sea absolutamente necesario para asegurar la vida de sus padres o de las personas que Dios ha puesto a su cuidado; y, sobre todo, cualidades morales: la posibilidad, con la gracia de Dios, de seguir llevando una vida de piedad y de castidad, o de recuperarla si la ha perdido, y si se trata de la vida religiosa el poder guardar los votos de obediencia y pobreza, lo que supone que se trata de una persona con la docilidad necesaria para seguir las instrucciones de su superior y que pueda adaptarse a la austeridad de la vida religiosa, que no es la miseria, pero sí el trabajo personal y un marco sencillo de vida.

¡Cuántos jóvenes católicos han recibido de Dios estas cualidades y podrían ser santos sacerdotes!

El Padre Arturo Vermeersch, S. I., una de las más indiscutibles autoridades en materia de teología moral, establece estos dos signos de vocación al sacerdocio, que coinciden totalmente con los señalados en la encíclica de S.S. Pío XI:

« Una señal negativa, la ausencia de impedimentos (deformación física, locura, etcétera); la otra positiva, una resolución firme con el auxilio de Dios de servirlo en el estado eclesiástico. ¿Es honrada tu intención? ¿Tienes fuerzas y habilidades suficientes? ¿Deseas ser sacerdote, no para llevar una vida fácil, cómoda, o por el honor y estimación que de ello te provenga, sino para tomar la parte que te corresponde en la edificación del Reino de Cristo sobre la tierra, convencido de que un sacerdote puede hacer muchísimo más por la gloria de Dios tan olvidada y despreciada, por la salvación de las almas que perecen y la santificación de sí mismo?»

Si esto encuentras en ti, querido joven, puedes encaminarte tranquilo hacia el altar de Dios, cierto de que no te entrometes en el sacerdocio, sino que has sido llamado por la misericordia infinita de Cristo. Aún quisiera agregar un texto por la importancia de su autor, y por la claridad diáfana de su pensamiento: es de San Francisco de Sales, Doctor de la Iglesia.

«La genuina vocación, dice, es sencillamente un firme deseo y voluntad de servir a Dios... No quiero decir que este deseo haya de estar exento de toda repugnancia, dificultad, o disgusto. No ha de creerse que es falsa la vocación de quien se cree llamado al estado religioso si no conserva por mucho tiempo los sentimientos sensibles que experimentó al principio, y sí, tal vez cierta repugnancia y frialdad que le induce a pensar que está todo perdido: basta que persevere la firme resolución de la voluntad de no abandonar el primer designio.

«Por lo que atañe al conocimiento de si me quiere Dios en el estado religioso, no es necesario esperar que me envíe un ángel desde el cielo para manifestarme su voluntad, ni mucho menos que El en persona venga a decirme: «quiero que seas religioso»; ni es necesario esperar revelaciones sobre el asunto, no; mas tan pronto como se siente la primera inspiración o movimiento de la gracia, se debe corresponder, y de ninguna manera turbarse por el disgusto o frialdad que pueda sobrevenir».

¿CÓMO SE INSINUA EL LLAMAMIENTO DIVINO?

La vocación sacerdotal no requiere otros elementos que los que acabamos de indicar, pero ¿cómo se insinúa en el alma este llamamiento de Jesús a un joven?

El Padre Guillermo Doyle, S.I., enumera las siguientes señales algunas de las cuales, o bien otras, están al comienzo de una vocación.

- 1) Deseo de la misma, junto con una convicción de que Dios le llama para este estado.
- 2) Una atracción creciente por la oración y cosas santas en general.

3) Tener odio al mundo y convicción de su falsía e insuficiencia para satisfacer las aspiraciones del alma.

4) Temor del pecado, por la facilidad que hay de incurrir en él, y gran deseo de estar lejos de las tentaciones y peligros del mundo.

5) A veces es señal de vocación el mismo temor de que Dios quiera dársela a uno. Es verdad lo que el Padre Lehmkuhl dice:

«No es necesario tener inclinación natural a la vida religiosa; al contrario, la vocación divina es compatible con la natural repugnancia hacia este estado».

6) Tener celo por las almas, esto es: penetrar algo del valor de la felicidad o desgracia de un alma inmortal, y por tanto desear cooperar a su salvación.

7) Querer consagrar a Dios nuestra vida para conseguir la conversión o salvación de personas a quienes amamos.

8) Desear reparar nuestros propios pecados y también los ajenos, y querer estar lejos de las tentaciones para cuyo combate nos sentimos muy débiles.

9) Especial atractivo por el estado de virginidad.

10) Ponderar la felicidad que lleva consigo la vida religiosa, por sus ayudas espirituales, por su tranquilidad, mérito y recompensa.

11) Un ardiente anhelo de sacrificarse y abandonarlo todo por el amor de Jesucristo, y de sufrir por su causa.

12) Es prueba, finalmente, de verdadera vocación, este buen deseo en uno que no teniendo ni muchas prendas, ni estudios, está dispuesto, sin embargo, a ser recibido en tal estado en cualquier grado que se le diere.

No hay que creer que a la vida sacerdotal ingresan los corazones desengañados, en busca «de la paz del convento», como piensan quienes conocen muy poco la vida de batalla del apóstol, pero tampoco puede excluirse como causa ocasional de un llamamiento una sorpresa dolorosa: la muerte trágica de un amigo, una esperanza desvanecida, un desengaño de amor que han persuadido a muchos que después han sido santos, la vanidad de la vida, y que lo único digno de ser amado con toda el alma, es Jesucristo, amigo fiel e incomparable.

ELECCIÓN DE CARRERA

14. RESOLUCION Y GENEROSIDAD

Una vez que se ha planteado el problema de la vocación hay que decidirse a resolverlo con valentía y honradez. Encomiéndate al Señor, pídele luz, comulga diariamente si puedes con esta intención, haz ejercicios para meditar con mayor serenidad, acude a un director espiritual prudente y consúltale tu caso. Si aún no ves claro, realiza los métodos de elecciones de que hablamos al principio de este folleto. Después de pensarlo maduramente en esta forma, si has llegado a una conclusión afirmativa y has recibido la aprobación de tu director espiritual, resuélvete a poner por obra tu decisión.

No esperes tener certezas matemáticas, ni mucho menos revelaciones del cielo que te den seguridad absoluta. En esa forma no harías nada en la vida. Nadie seguiría una carrera, nadie realizaría un negocio, nadie se embarcaría en una operación quirúrgica, ni mucho menos nadie se casaría, si tuviera necesidad de una certeza matemática que le asegure el éxito. Esas almas mezquinas y apocadas que no se atreven a nada generoso y que nada quieren arriesgar por Cristo, nunca harán nada grande. Piénsalo bien ante Dios, y si después de haberlo meditado y pedido consejo crees que el Señor te llama, lánzate valientemente en manos de Cristo. Haz un acto de confianza y recuerda que «Quien confía en el Señor no sufrirá penurias».

Santo Tomás juzga que el llamamiento a más perfecta vida debe acogerse sin dilación, porque estas luces e inspiraciones de Dios son transitorias, no permanentes. Así como antiguamente cuando obraba sus milagros y recorría las poblaciones haciendo bien, Jesús pasaba y no volvía; del mismo modo si no sacamos partido de su paso por nuestra alma quizás no volverá a pasar por ella.

«Yo estoy a tu puerta y llamo; si oyes mi voz y me abres, entraré a ti; de lo contrario, quizás no volverás a oír mi llamamiento.»

La dilación es peligrosa y, como dice Mons. Malou refiriéndose al estado religioso:

«Es sin duda el que menos deliberación requiere entre todos los estados de vida, y su elección la que menos dudas y turbaciones ha de suscitar, puesto que en él se dan la mano las menores dificultades y los más excelentes medios para la salvación de nuestras almas».

Y Santo Tomás llega a decir que, aunque la vocación religiosa viniese del demonio, deberíamos abrazarla como un excelente consejo que nos diera nuestro mismo enemigo.

¿Es obligatorio este llamamiento? ¿Me condeno si no lo sigo?

La vocación no es, en general, un llamamiento obligatorio para el joven, sino una invitación a su generosidad que no compromete directamente la salvación eterna de su alma, caso que no la siga.

El problema que plantea una vocación al joven cristiano no es tanto: qué me exige Dios, sino este otro: «Qué quiero darle yo a Cristo? ¿Qué quiero hacer por Jesús para manifestarle la sinceridad de mi adhesión a El?

Si no te resuelves a seguir la voz de Cristo, ya lo sabes: no tienes obligación. Pero no sabes lo que pierdes si Dios te invita y tú no lo oyes. Es un dolor que tantos como podrían continuar la obra de la Redención se retraigan de la mano de Cristo que quería servirse de ellos para salvar a las almas, y hacer el bien.

¡Cuántos Javier frustrados, que han pasado por el mundo sin dejar huella alguna, gozando egoístamente de la vida, o sufriendo sus consecuencias, y que habrían sido instrumentos de salvación más fecundos quizás que el Apóstol de las Indias!

No es pecado rehuir el llamamiento de Cristo, pero ¡qué triste manera de comenzar la vida la de aquel que, dándose cuenta que su Dios y Salvador lo llama, le da vueltas las espaldas para buscarse a sí, en lugar de servirlo a El!

Joven, si sigues el llamamiento, recuerda siempre esta palabra: «No me elegisteis vosotros a Mí, sino Yo a vosotros», de modo que no pienses que haces ningún favor a Jesucristo con hacerte sacerdote, sino que El te hace el inmenso favor de elegirte.

Si te llama, idéjate elegir por El!

TUS TEMORES

Preveo que te asaltarán dudas, temores, vacilaciones al resolverte a dar el paso.

Temes la responsabilidad del sacerdote.

Cierto; es tremenda, porque de él depende la salvación de muchos, pero oye al Padre Vilariño, gran sacerdote que se dio cuenta como pocos de la responsabilidad del sacerdocio, qué bien te aclara este punto. Es preciso que entendamos eso de la responsabilidad; porque no ha de creerse que la responsabilidad sacerdotal nos obliga a hacer milagros, ni que nos expone a irremediable castigo. La responsabilidad no obliga sino a cumplir con el deber de manera humana, con la diligencia que debe ponerse en todo negocio serio.

No debemos creer que esa responsabilidad nos obligará a responder de las almas a nuestro cargo, ni de los pecados del pueblo. Tu responsabilidad te obliga a cumplir tu obligación, y nada más: después de esto entra la responsabilidad del dueño de su alma, que es quien, en último término, se salva o se condena por su culpa.

Ciertamente que nuestro deber nos obliga a mucho, pero también tendremos gracia, mucha gracia. Los que hemos tenido la suerte de recibir las órdenes sagradas, los que recordamos aquel día el más feliz con mucho, de todos los de nuestra vida, cuando pensamos en aquellos momentos sublimes en que, postrados ante el Prelado que nos iba

a ordenar rezaba con todo el clero unido el Veni Creator Spiritus, yo te aseguro que podemos tener confianza.

¡Qué cerca se siente al Espíritu Santo en aquella hora augusta en que de un hombre como yo, y como cualquiera de los que están a mi lado se va a hacer un Cristo, capaz de hacer con su palabra que se vuelva el pan en el Cuerpo de Cristo y que se perdonen los pecados al criminal más horrible! Entonces casi se siente el aleteo del Espíritu Santo sobre los ordenados, casi se oye el ruido del torrente de gracia que baja sobre nuestros corazones. Sí, graves son nuestras obligaciones, pero mayor es la fuerza de Cristo cuando estamos unidos con Él. ¿Quién será capaz de entender la abundancia de gracia que recibe un sacerdote en la misa de cada día? Ella basta para cubrir toda nuestra responsabilidad.

¡Oh, si supiéramos cuánto quiere Dios a un sacerdote, cuánto los ama Jesucristo, cuán unidos los lleva a su Corazón!

¿Temes que te falte talento, ciencia? Hay un mínimun de capacidad que se requiere indiscutiblemente, pero no el que seas un genio y, como dice el Cardenal Gibbons:

«Muestra la experiencia que un juicio sólido con mediana instrucción, es mucho más útil para la religión que talentos brillantes, pero deficientes de sentido práctico. Pocas son las ocasiones de hacer ostentación de genio; pero ocurren a cada paso las oportunidades de ejercitar el sentido común y la discreción».

La Iglesia ha elevado a los altares a uno que de tal modo carecía de talento para los estudios que sus superiores dudaron varias veces que pudiera llegar a ser ordenado. Aún después de ser sacerdote, el santo Cura de Ars hablaba a menudo del trabajo y fatiga que le costaba la preparación de sus sermones y, sin embargo, pocos sacerdotes han tenido un ministerio sacerdotal más fecundo, porque su incapacidad humana iba compensada por una gran santidad de alma.

¿Temes por tu falta de santidad? Pero te pregunto: ¿quieres entregarte a Cristo? No temas. Al que pone lo que está de su parte, Dios no le niega su gracia. Como dice el Cardenal Manning:

«Hay dos clases de hombres a quienes Dios llama para que sean sacerdotes. Los primeros, son los inocentes; los segundos, los penitentes. Ambos grupos difieren mucho entre sí por su vida anterior, pero su fin es el mismo. Llegan al altar por sendas sumamente diversas; pero se juntan ante él en un corazón y una mente, imitando la perfección del Gran Sumo Sacerdote».

Tal vez no te atreves a decírmelo.

¿Temes dejar tus comodidades, tus riquezas?

Ciertamente éste es un escollo para muchos. El joven que rehusó el llamado de Cristo es comúnmente llamado «el joven rico», y, tras él, por desgracia, son muchos, muchos los ricos que no quieren oír hablar de vocación, que tiemblan sólo de que pueda presentárseles

el problema, y algunos padres ricos ante el temor de una posible vocación de su hijo, prefieren sacrificar su formación religiosa. Felizmente no son así todos; y en Chile, como en otras partes, tenemos inmejorables ejemplos de padres e hijos llenos de todo lo que puede ofrecer el mundo, que lo han sacrificado todo cuando el Maestro ha hecho oír su voz.

Es verdad que la vida del sacerdote es pobre y, en algunas partes pobrísima; pero, ¿no fue ésta la vida de Cristo que quiso nacer en un establo, morir desnudo en una cruz, vivir como trabajador, primero, y recibir después de limosna hasta el sustento de cada día? Si el fin de nuestra vida es imitar a Cristo, la pobre vida del sacerdote nos permite configurarnos más y mejor a nuestro gran modelo, Cristo.

Por otra parte, esos bienes materiales que hoy tenemos, ¿los tendremos mañana? ¿Serán ellos capaces de saciar nuestra vida? San Agustín decía de los placeres humanos que «mienten, matan y mueren».

¿De cuándo acá los ricos no pueden ser sacerdotes, apóstoles, no pueden salvar almas, no pueden ser reyes de la misericordia, ni recibir al Espíritu Santo? Porque tienen los bienes inferiores, ¿han de renunciar a los superiores del espíritu y de la gracia? Ríete de esos bienes, si tienes alma verdaderamente rica, noble y grande. Un señor de la tierra no debe jamás renunciar a ser señor del cielo; y señor del cielo es el sacerdote que abre los cielos para que baje Dios a la tierra, abre los cielos para que baje la gracia y la doctrina celestial. Si eres señor del suelo, aspira también a ser señor del cielo.

ELECCIÓN DE CARRERA

15. LAS ULTIMAS LUCHAS

Una vocación al sacerdocio encuentra sus más firmes aliados o sus mas tenaces adversarios en su propio hogar. Hay padres santos que animan generosamente a sus hijos y hay otros que se oponen a su vocación con todas sus fuerzas.

Tratemos primero de los que ofrecen dificultades. Es increíble la ceguera que se apodera de algunos padres y madres cuando ven que sus hijos se inclinan al Santuario. Casi prefieren la desgracia de sus hijos antes que verlos sacerdotes.

Y cuántas veces, por desgracia, los han de ver no sirviendo a Dios, sino a la ignominia, a la pereza y al vicio. Hijos que serán después esclavos de su mujer.

Esta oposición nace ordinariamente de un egoísmo ciego, de un mal entendido amor paterno. No se resignan a verse privados de la presencia y de la ayuda de aquellos que formaron para sí. Ciertamente que si los padres, con sangre fría, mejor dicho, si con sangre calentada por el fervor cristiano y amor de Jesucristo considerasen las cosas, de seguro que otros serían sus juicios.

Una madre escribe al Director espiritual de su hijo una carta de la cual entresacamos este trozo:

«Mi hijo me pide el consentimiento para hacerse religioso. ¿Me habrá dado el Señor un hijo para perderlo? No puedo resignarme a perder al mejor de mis hijos. Quítele usted, Padre, esta idea de la cabeza».

Don Bosco de visita en un hogar cristiano pregunta a una señora: ¿Qué será del mayor de sus hijos?

Diplomático como su padre.

¿Y el segundo?

Está en la Academia: Llegará a General, según espero. ¿Y éste?, añadió señalando al menor, ¿quiere usted que lo demos a Dios, que lo hagamos sacerdote?

— ¡Sacerdote!... dijo ella inmutada y respirando despacio. ¡Sacerdote! Jamás, prefiero que muera...

A los pocos días esta señora llamaba desolada a Don Bosco, para que viniese a dar su bendición al hijo que moría.

Y en lecho de la agonía desfallecía un niño que, al ver a Don Bosco, dijo a su madre:

— Mamá, yo sé por qué me muero. Acuérdesse usted de lo que dijo a Don Bosco. Usted no me quiso dar a Dios, y Dios me lleva para sí.

Ojalá que Dios se llevara para sí a todos aquellos que no quieren dar sus padres cuando los llama y a todos aquellos que se resisten a la voz de Dios. ¡Cuántas veces se los arrebató el mal!

LOS ENTROMETIDOS

Muchas veces, más que los padres, los que estorban las vocaciones son los tíos, los primos, los parientes, los que no deberían meterse en los negocios de familia ajena; pero que si no se mezclan en otros casos en éste creen tener toda la competencia necesaria para aconsejar y aun empujar a los padres de los jóvenes a que no permitan que sus hijos entren a servir a Dios.

Doloroso es que un padre cierre el paso a su hijo cuando éste busca a Dios, pero más intolerable todavía es que se entrometan los extraños y que se consideren con derecho a dar su consejo en contra de la vocación divina.

Ojalá que ninguno se sienta autorizado para entrometerse en asunto tan sagrado. Que nadie cargue con la responsabilidad de cortar el camino hacia la perfección a ninguno que se sienta llamado a ella.

LOS CONOCIDOS ARGUMENTOS

Cuando un joven se decide a dar este paso, muchos parientes y mal llamados amigos le manifiestan que no sea cobarde abandonando el mundo. Le indican que es necesario conocer la vida antes de sepultarse en un claustro o en el Seminario. Llegan a veces a tacharlo de apocado, desnaturalizado, cruel e insensible al separarse de sus padres que pronto habrán de morir.

¡Cuán terrible es esta lucha!; sólo puede saberlo quien la ha experimentado. Su alma se desgarrará al verse acusado de frialdad, cinismo y apatía, cuando está luchando.

TAL VEZ NO PERSEVERES

Pruébate bien antes. Mira cuántos han abandonado su primitiva vocación. Si tú tienes verdadera vocación, a nada te expones quedándote en el mundo. Esta es la primera andanada.

¡Que algunos no perseveran, cierto! Para eso están los años de seminario y noviciado, para prepararse, para estudiar la vocación. Para eso también antes de dar el paso inicial lo has meditado hartos, has orado, has consultado. Pero si quieres certeza mayor, una revelación del cielo, la esperas inútilmente, pues Dios no hace milagros cuando basta la razón y la fe.

En vez de desalentarse a vista de unos pocos inconstantes, ¿por qué no considerar más bien, como dijo San Juan Crisóstomo, el gran número de los que son fieles a sus promesas?

PUEDES PERDER LA SALUD...

Cierto, también la puedo perder afuera. Con este criterio, ¿quién realizaría alguna empresa?

DESGARRARAS EL CORAZON DE TUS PADRES

Terrible tentación. Luchas íntimas las que se traban en el corazón del joven que ama como nadie a sus padres, pero quiere amar más que a nadie a Dios.

San Alfonso de Liguori nos cuenta que la prueba más dura de su vida la sufrió al notificar a sus padres sus propósitos de abandonar el mundo. Por espacio de tres horas lo estrechaba su padre entre sus brazos, sollozando y repitiendo:

«¡Hijo mío, no me dejes! ¡Oh hijo mío, hijo mío!; no merezco que te portes así conmigo».

Si el hijo hubiera escuchado esta conmovedora súplica hubiera perdido la Iglesia uno de sus más grandes santos. Afortunadamente recordó el joven las palabras de Aquél que, pudiendo llamarse el más bondadoso y tierno entre los hombres, no obstante dijo:

«No penséis que he venido a poner paz en la tierra... no he venido a poner paz, sino división, a separar al hijo de su padre y a la hija de su madre... El que ama a su padre o a su madre más que a mí no es digno de mí».

Los padres que impiden la vocación de sus hijos, combaten al mismo Dios, exponen a sus hijos a culpas que seguramente no hubieran cometido siguiendo su vocación; los privan para siempre de las gracias inestimables que Dios les reservaba, y aun quizás los exponen a la condenación eterna.

Si los hijos quisieran amar a una mujer, podrían elegir la que quisieran. ¿Por qué les impiden sus padres elegir a Dios?

DARÁS MAS FRUTO EN EL MUNDO

Argumento que se repite todos los días y que supone un desconocimiento absoluto de la misión del sacerdote. Ignacio de Loyola, Francisco Javier, el Cura de Ars, Juan Bosco, Miguel Agustín Pro y tantos sacerdotes, ¿habrían hecho más bien quedándose en el mundo? ¿No habrían corrido el riesgo que corrió el joven rico del Evangelio de saborear su fortuna y perderse en un estéril egoísmo?

¡LO QUE HACE FALTA ES GENTE BUENA AFUERA!

¿Para qué irte a ocultar a un claustro? Eso es egoísmo...

Cierto que hace falta gente buena afuera, y mucha, ¡pero a mí Dios me quiere sacerdote! El P. Olivaint, mártir de la Commune, responde así a quien le presentaba semejante objeción: «Tus padres han echado sus planes sobre tu porvenir..., pero ¿acaso Dios necesita de esos planes? En la posición que se te ofrece ganarás la estimación de los hombres en alto grado..., pero ¿y Dios? Tus gustos naturales se encaminan en esa dirección..., pero ¿y Dios? De seguro puedes salvar tu alma en el mundo... Concedido, pero ¿quiere Dios que salves tu alma en el mundo?

ELECCIÓN DE CARRERA

16. ¡ESPERA! ¡ESPERA! ¡ESPERA!

Yo en tu lugar no me apresuraría tanto. Conoce el mundo. Los sacerdotes que hacen bien son los que han sido bien probados antes y llevan una experiencia personal de la vida.

Ciertamente que un conocimiento inmediato de los hombres, ayuda. En ese sentido, aquellos a quienes Dios ha llamado en el mediodía de su vida aportan una experiencia que les será útil después. Pero ¿será éste motivo para que el que ha sido llamado a llevar el yugo desde su mocedad dilate el ponerse al servicio de Dios? ¿Compensará esa experiencia, muy problemática por otra parte, los miles de misas, confesiones oídas, almas salvadas? Esa espera, ¿no significará, más bien, un peligro para su vocación?

Es algo que ignoran los padres, pero que no por eso es menos real. Puede un joven tener verdadera vocación y llegar a perderla. Y los casos abundan. El amor también se pierde, como se pierde la salud, aunque ésta sea fuerte, cuando se la expone indebidamente.

Jesús, verdad infalible, al joven que le pedía tiempo para sepultar a su padre, respondió:

«Deja a los muertos que entierren a sus muertos; tú, ven y sígueme».

Resumiendo este punto de tus relaciones de familia, cuando ésta se opone a la vocación, cabe recordar el pensamiento de Santo Tomás:

«En el asunto de la vocación los padres no son aliados, sino más bien enemigos de vuestra alma, según la palabra del profeta: Los enemigos del hombre están en su propia casa».

El mismo Doctor escribe:

«Desde que el hombre llega a la pubertad, no depende más que de sí mismo para todo lo que se relacione con su alma: así puede, sin ningún permiso, hacer voto de entrar en religión».

Pueden los padres imponer reflexión a su hijo antes de dejarlo partir. Esto es muy natural: es hasta necesario para impedirle tomar una decisión tan grave sin rodearlo de todo género de garantías.

Los padres, con todo, no tienen un poder absoluto sobre sus hijos, y como bien anota el P. Ballerini, famoso tratadista de Teología Moral:

«El poder de los padres no puede arrogarse el derecho que tienen sus hijos e hijas de hacer por sí mismos la elección del estado de vida que les convenga, o de seguir, si así lo quieren, los consejos evangélicos. La reverencia, sin embargo, que pide la piedad filial, no debe despreciarse y por eso debe requerirse el asentimiento paterno; y si éste es rechazado, no deben los hijos en seguida dejar a sus padres, sino que convendría esperar algún corto tiempo, hasta que aquéllos caigan en la cuenta de sus obligaciones. Si, a pesar de todo, se pudiera temer peligro de que los padres, injustamente impidieran la ejecución de la vocación de sus hijos, pueden éstos y deben marcharse sin el consentimiento de sus padres».

San Alfonso Liguori enumera multitud de teólogos que sostienen que

«pecan mortalmente los padres que impiden a sus hijos entrar en religión».

EL APOYO PATERNO

Muchos padres, felizmente, son el más firme apoyo de la vocación de sus hijos. No son pocos los sacerdotes que al volver la vista a sus primeros años pueden exclamar llenos de gratitud que deben su felicidad al vigilante cuidado de sus padres, a sus oraciones y al ejemplo que siempre les dieron de una vida santa. Dios ocupaba el puesto de honor en el hogar, los nombres de Jesús y de María fueron las primeras palabras que sus labios aprendieron a balbucear. Mientras estaban en su cunita les contaban las historias de los amigos de Dios, los Santos, y las manos de su madre sostenían las suyas mientras rezaban sus sencillas oraciones infantiles.

Pocos años después, con todo el esplendor que le proporcionaban su immaculado sobrepelliz y su sotana, arrodillábase ante el altar para ayudar por vez primera la Misa. ¿Sería entonces, mientras se movía entre ángeles invisibles, cuando el gran Dios lo eligió para ser su sacerdote?

Así, paso a paso, los buenos padres guiaron a su hijo con sus consejos y advertencias por entre los peligros de la juventud hasta que por fin tuvieron la dicha inmensa de sentir las manos consagradas de su hijo que reposaban sobre las cabezas inclinadas de aquellos que lo habían dirigido al altar del Señor.

La madre del Cardenal Vaughan empleó por espacio de 20 años una hora todas las tardes para pedir a Dios que todos sus hijos fueran religiosos. Sus 5 hijas entraron al Convento y 6 de sus hijos fueron sacerdotes. Esa madre comprendía lo que significaba ser ¡Madre de Sacerdotes!

El 26 de setiembre de 1926 moría en Canadá el P. José Gras, que mucho tiempo fue misionero en el país de los iroqueses. Cuando decidió consagrarse a las misiones, su padre no sólo le dio permiso, sino que quiso acompañarlo hasta la ciudad vecina, pero en el camino se detuvo de repente y volviéndose hacia su hijo:

«José, le dijo, voy a despedirme aquí porque siento que la emoción me va a dominar. He dado ocho hijos a Dios sin derramar una lágrima, no quiero empezar a llorar al dar el noveno; demasiado honor me hace Dios».

Abrazó, pues, una última vez a su hijo y se volvió para no dejar correr sus lágrimas.

Varios de ellos viven todavía: los Padres Zurbitu, que debieron la sotana que llevan al espíritu cristiano de sus generosos progenitores. Dios siete flores les dio y ellos agradecidos al cielo, las siete a Dios ofrendaron.

El anciano padre se complacía en narrar la vocación de sus hijos y no faltó quien, impresionado al oírla tejó con los datos oídos al venturoso padre la narración poética que transcribimos:

«Es un padre que tiene siete hijos,
que los lleva en el alma...

y un día ve al primero que acercándose pide... el permiso... porque Dios le llama.

-¡Oh, dichoso de mí! —responde el padre.
¡Qué así Dios en mis frutos se complazca!
De mil amores, hijo,
toma mi bendición, y alegre marcha.

Pero otro día se acercó el segundo:
— Padre, el Señor también a mí me llama.
— También de mil amores, toma mi bendición y alegre marcha.

Pasó un tiempo, y lo propio que los otros sintió el tercero: el cielo le llamaba.
Con no poco reparo: — Padre, dice, puede ser... quisiera... me otorgara,
como a los otros dos... — Sé lo que quieres...
¡Lo exige Dios! no hay que negarle nada;
también a Dios te entrego, toma mi bendición y a El te consagro.

Así el cuarto también, también el quinto,
el pobre padre iba quedando en casa
cada vez más solito,
mas lleno de un placer casi infinito.

— D. Sotero, que bueno es ese hombre
de quien usted me habla—
le interrumpió una voz... Insinuándose,
él seguía la historia comenzada:

«Cinco hijos para Dios... mas ved que un día
la única hija... ¿Resistirse? ¡Nunca!...
Hincóse ante la Reina Inmaculada
y, enjugando los ojos empañados,
—Madre, le dice, ¿la pedís?... ¡tomadla!
Y quedóse... risueño,
por que aún Dios le dejaba al más pequeño.

¿Querréis creerlo? Pues también un día
sintió éste que Cristo le invitaba...
El joven no se atreve
a sus padres hablar; fuera una espada
con que les heriría
profundamente el alma.

Dios en tanto llamaba fuertemente
y esa lucha interior veló su frente.
—Qué te sucede, Juan? —hablóle el padre.

—No me atrevo, son bromas bien pesadas
 las que hace Dios... Usted va siendo anciano
 dejarle solo en casa...
 más, veo que el Señor... será preciso...
 —¿También Dios al pequeño me demanda?
 Pues ¡al pequeño entregó!
 ¡Si yo el cuerpo le di, Dios le dio el alma!
 Vete en paz, hijo mío,
 de mí Dios cuidará, yo en El confío...

Aquí el anciano quedó
 sin poder ya proseguir.
 — Ese padre un héroe fue,
 —vino una voz a decir—;
 ¿Vive acaso, D. Sotero?

— Vive todavía, si,
 pero su ambición no es otra
 que entre sus hijos morir,
 y ¡ojalá con la sotana
 que ellos logran ya vestir!

Vestido con la sotana
 que vivamente de anhelo,
 y cercado de sus hijos,
 así en Cristo se durmió
 aquel héroe, aquel anciano
 que esta historia nos contó.

A cinco vio aquí en la tierra
 sacerdotes del Señor...
 por mejor ver al pequeño,
 irse al Cielo prefirió.

¡Era un santo aquel anciano!
 Siete flores dio al Señor...
 ¡Ellas serán en el Cielo
 su diadema mejor!

La Chacra, 30 de marzo de 1914.

«Mi hijito, hace tres días hemos llegado y no encontraba una facilidad para escribirte una palabrita como tanto lo deseaba. Estoy feliz, como tú te lo imaginarás, en esta casa que es tan de mi gusto y sólo faltas tú; pero tus cartas me han dado mucha satisfacción y consuelo. Bendigo al Señor y le ruego que te dé cada vez más convencimiento de tu vocación y amor cada vez mayor a esa vida ideal que estás haciendo. Mi hijito tan querido, en medio de las inquietudes y tristezas que no faltan en esta vida de familia que, con

razón, tú miras con tanto entusiasmo, pues que es la única felicidad humana verdadera, el pensar en tu vocación casi segura me es como un oasis y consuelo inmenso. Me digo que, en mi inutilidad y en las deficiencias de todo lo demás, ya sólo eso de dejar un buen sacerdote es algo tan grande que llenará la medida de mi misión sobre la tierra.»

«Lunes de Pascua, 5 de abril de 1920. Juan vino a almorzar; se agrandó nuestra mesita. Quedó aquí hasta las seis y volvió al Colegio pasando primero conmigo a la Trinitá del Monti para arreglar la Misa de mañana. Yo quedé en la Iglesia y tuve la Bendición. Estaba privada desde hacía varios días de ver al Santísimo expuesto y me hacía falta para desahogarme con El y decirle todo lo que tenía en el corazón de alegría y gratitud. Me venían ganas de gritar y decirle a las monjas que veía por delante: ¡tengo un hijo sacerdote!»

«Aquí deberé Dios mío, levantar otra vez más mi alma a Ti y renovar en tu presencia mis acciones de gracia. ¿Cómo es posible que lo que tanta madre ha deseado en vano, yo, sin merecerlo, lo hubiera conseguido? Pensando en esa época de alegría espiritual, me viene de nuevo a la mente la comparación que antes hice de mi vida con los misterios que van siguiéndose en la meditación del Rosario. ¿No podría decirse en estas circunstancias, que había llegado para mi existencia el turno de los misterios gloriosos?» «El mismo día de la Resurrección de Cristo, mi hijo celebró su primera Misa en la Capillita de Nuestra Señora de Luján, en el Colegio Pío Latino Americano. Fue completamente en privado; nosotros, sus padres, Pedro que ayudaba la Misa, Elvira, León, Elisabeth y unos pocos compañeros de colegio, éramos los únicos asistentes. Todos comulgamos de manos del recién ordenado».

También en nuestra Patria el Señor nos ha bendecido con hogares semejantes. Numerosos son por la gracia de Dios, en todas las condiciones sociales, los padres cristianos que no han soñado siquiera en discutir a Dios el derecho a sus hijos, más aún, que los han formado para El. Si quisiéramos citar ejemplos, la lista sería muy larga, muy larga, y muchos reconoceríamos en esa lista a seres que nos son muy queridos.

Citaremos con todo por tener un testimonio auténtico, las hermosas páginas de la señora Amalia Errázuriz de Subercaseaux, con ocasión de la ida de su hijo Juan al Seminario y después con motivo de su primera misa. ¿Qué habría escrito su santa madre si hubiese contemplado su labor de sacerdote, de Obispo, y su muerte de caridad en acto de servicio apostólico como Arzobispo de La Serena?

«La misa solemne se celebró al día siguiente, Lunes de Resurrección, en la Capilla grande y hermosa del Pío Latino. Allí tuvo lugar el ceremonial acostumbrado: la pompa de la liturgia, el lujo de los ornamentos, el canto con la música de Perosi y trozos de la música chilena de Pereira, el besamanos final y la numerosísima concurrencia de amigos y compatriotas. El pobre niño estaba pálido como la cera. ¿Cuál será la sensación del que comprende la magnitud de la gracia y la magnitud de las obligaciones que, desde esos instantes, pesan sobre su alma, sobre su cuerpo, sus acciones, sus palabras, sus pensamientos y sobre su vida entera? ¡Qué tremendo será para una criatura que se sabe débil con la humana fragilidad, pobre de méritos, pobre de virtudes, sentirse sacerdote del Altísimo; debiendo llevar, en adelante, una vida más de espíritu que de materia, debiendo dar ejemplo de santidad en todas sus acciones y en todas sus apariencias;

siendo, en una palabra, como lo dijo Jesús, la sal de la tierra para que jamás se corrompan ni su mente ni su corazón y que pueda ser tan puro que con su sola presencia purifique el ambiente que lo rodea. ¡Pobre niño! ¿Cómo no había de estar impresionado al sentir sobre sí tanta grandeza?»

«Más todavía conmovió a la asistencia el ver al joven sacerdote de pie, recibiendo el homenaje de sus padres, de sus maestros, de sus hermanos y compañeros, de sus amigos y de todos lo que presenciaban el acto. Uno por uno iban a ponerse de rodillas, le tomaban con respeto ambas manos perfumadas para besar en ellas la unción que les permite consagrar la hostia y el vino y convertirlos en el Cuerpo y Sangre de Jesús. Juan, alto, delgado y blanco de palidez, se tenía sin embargo en perfecta serenidad. ¿Acaso no sabía él que ese homenaje no era destinado a su persona, sino era a Nuestro Señor Jesucristo, a Aquel que sus manos acababan de poseer, a quien se quería honrar con el ósculo de una rendida y tierna devoción?»

Padres de familia que leáis estas líneas. Jóvenes que hayáis recorrido estas páginas, pensad, vosotros, en el honor insigne que significa Ser Sacerdote.

El mundo necesita Sacerdotes apóstoles.

Chile necesita muchos y santos Sacerdotes.

Los malos necesitan al Sacerdote salvador de sus almas.

Los buenos al amigo y confidente. La Acción Católica al Asesor comprensivo. Los pobres y los ricos al padre de sus almas.

Roguemos al Señor de la mies que envíe operarios a su mies, pues, la mies hoy más que nunca es mucha y los operarios pocos.

A.M.D.G.